

—¡Ah! ¿Sabe V. algo?...

—Siéntese V., señora. Pues hoy he leído una cosa en un periódico, que dije á mi parienta:—Mira, tú, sería bueno que ese sujeto fuera el hijo de la señora del cuarto tercero...

—Diga V.... diga V....

—Pues, señor, la otra noche se casó uno que ha sido ministro...

—Buen hombre, no vaya V. á burlarse de una madre desdichada.

—Señora, es que la cosa empieza así. Ya comprendo que V. estará deseando saberlo todo en seguida, para saber si ha de volver á ver á su hijo ó ha de encomendarle á Dios; pero yo no puedo contar las cosas más que como han sucedido, ó, mejor dicho, como dice el papel que han sucedido, que la verdad... vaya V. á averiguarla.

—Por María Santísima, buen hombre, dígame V. lo que sepa. Si sabe V. dónde está mi hijo ó qué ha sido de él, no tarde V. en derramar en mi corazón el bálsamo del consuelo y de la esperanza... y si ha muerto, dígame V. también, por Dios se lo suplico... Todo, todo es preferible á esta duda horrible...

—Poco á poco, señora, y vamos por partes, y no me apure V. ni me corte el hilo del discurso, como quien dice, porque yo soy así, y no puedo atropellarme, y mucho ménos contar las cosas de mogollon, sino tales cuales son y sin quitar ni poner punto ni coma... y permita V. que le dé una vuelta al guisado, que lo tengo en aquel barreño con lumbre, que

no me encargó otra cosa mi mujer, cuando salió *en-
denantes* á entregar la obra, porque mi mujer, para
servir á V., es ribeteadora, y no es porque sea mi
mujer, pero sabe cumplir con su obligacion.

La madre de Luis elevaba los ojos al cielo, como
pidiendo á Dios que le diera resignacion.

—Pues, señor, continuó el zapatero, volviendo de
dar un meneo al puchero del guisado y poniéndose
en frente de la anciana, que se moria de impaciencia,
la otra noche se casó uno que ha sido ministro; se
casó, y despues de la ceremonia, segun dice el papel,
empezó el jaleo, es decir, perdone V. el modo de se-
ñalar, empezó la fiesta, el baile, el convite, en fin...
lo de cajon... cada uno celebra su boda segun sus
medios, el pobre como pobre, y el rico como rico...
El dia que me casé yo con mi mujer, no tuvimos para
comprar media libra de escabeche y con un paneci-
llo pasamos el dia mi mujer y yo, y tan contentos.

—¡Dios mio! exclamó la madre, ¡este hombre no
comprende que me mata!...

—Pues, como digo, la fiesta era brillante... ya ve
usted, uno que ha sido ministro... figúrese V. si ten-
drá el riñon bien cubierto; pero cuando estaban en lo
mejor se presentó un primo de la novia, á quien no
conocia nadie, que parecia muy fino y todo cuento, y
es claro, se le recibió con gusto, con franqueza, como
se recibe á un primo en un dia de boda, y el hombre
tan agradecido y tan contento al ver que su prima le
recibia tan bien y que el marido estaba tan amable,
ofreciéndole la casa y porfiándole para que tomara

bizcochos y un sorbete, ó unas magras con tomate, porque de todo habia en la casa... ya ve usted, uno que ha sido ministro siempre tiene buena despena.

—¡Pero, hombre! hasta ahora yo no entiendo...

—Señora, yo tampoco; pero déjeme V. seguir el hilo; si me corta V. el hilo tendré que volver á empezar, y ya no podré, porque volverá mi mujer, que tiene empeño en que yo no hable, porque dice que no sé seguir una conversacion como es regular, y lo que yo la digo, los que no saben seguir la mia son los demas, que en seguida se convencen, y no saben qué contestarme...

Pues á lo que estamos: el primo tenia encantado á todo el mundo con su amabilidad, y ya habia bailado con la novia, y ya habia charlado por los codos y bebido y comido con toda confianza, cuando de pronto empezó á provocar á todos los que allí estaban, maltrató al novio, al que ha sido ministro, dijo á la novia mil picardías, y á los criados que le iban á echar les arrimó cada puñada que los volvió locos, y salió de estampía de la casa, perseguido por la guardia, que al fin le cogió y le llevó atado, como se lleva á un loco, al hospital.

La anciana reflexionaba sobre lo que en tan malas formas acababa de referir el zapatero, y de conjetura en conjetura, llegó á suponer que acaso el lance que contaba el zapatero podia ponerle en camino de averiguar el paradero y la suerte de su hijo.

—¿Y podrá ser ese mi hijo?

—Señora, cualquiera se vuelve loco de pronto, y ¿quién sabe?...

—Pero en la boda de uno que ha sido ministro... ¿qué tenía que hacer él allí?...

—Eso es lo que yo digo.

—¡Ah!... exclamó la anciana... sí, sí... ¡jella!... ¡la infame!... ¡jella será la novia!...

—¡Adios! dijo el zapatero, ¿se va V. á volver loca tambien?

—Todo lo entiendo. Luis habrá sabido que se casaba; y no habrá podido contenerse... ¡habrá ido allá!... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Pobre hijo de mis entrañas!... ¡Oh!... Y puede ser que en efecto haya perdido la razon... ¡Desdichada de mí!

Y en medio de la copiosa lluvia que caia y de la tempestad que tronaba imponente, transida de frio, sin fuerzas, sin alimento, aquella mujer corria en alas del santo amor maternal en direccion del Hospital general.

Era ya muy entrada la noche cuando llegó al santo asilo. Dirigióse á las oficinas; no habia nadie.

Quiso ver al director del establecimiento; habia salido.

En la portería no pudieron darle más noticias, que confirmarle lo referido por el zapatero acerca de haber entrado un hombre en el departamento de locos, autor de un gran escándalo en una casa muy distinguida, y al cual habia razon para suponer privado de juicio.

—Yo quiero verle... debe ser mi hijo.

—No se le puede ver, señora.

—Es mi hijo.

—Señora, el médico tiene prohibido que vea á nadie.

—Esperaré al médico.

Y la pobre mujer se sentó á la entrada del primer patio en un banco de piedra.

Estaba aterida la infeliz; tenia los piés empapados en agua; su cabeza ardia; sus ojos, escaldados por el llanto, no podian resistir siquiera el reflejo de los farolillos que apenas alumbraban el patio del hospital. Daba pena ver á aquella pobre madre.

—Señora, le dijo uno de los empleados, el médico no viene hasta mañana; no le espere V.

—¡Oh! sí, no me voy sin ver á mi hijo.

—Bueno, tiene V. razon, justo es que vea V. á su hijo, pero ahora es imposible, mañana le verá V., yo se lo prometo.

—Bien, ya no exijo nada, si no puedo verlo ahora, lo verá mañana, pero no me voy de aquí hasta que le vea. Déjenme Vds. pasar la noche en este banco... aquí recibo consuelo... aquí... pensando en mi hijo, se me pasará el tiempo rápido... y amanecerá y verá á mi hijo.

Era preciso tener el corazon muy duro para negar á aquella mujer el favor que suplicaba.

—Pero venga V. á mi cuarto, dijo el portero; allí tendrá V. más abrigo...

—No, no, aquí he de pasar la noche...

—¿Quiere V. tomar algo, buena mujer?

—No, señor... pero... sí, sí, tomaré un pedazo de pan, porque no quiero morirme sin ver á mi hijo... un pedazo de pan nada más. Otra cosa no la tomaré, pero un pedazo de pan, sí.

Trajéronle el pan, y lo comió la infeliz.

—Gracias, dijo; ahora ya tengo fuerzas para esperar... ya estoy bien, ya siento un gran consuelo... tenia mucho frio, pero ya ha pasado.

Y la desdichada estaba tiritando.

Bajó uno de los practicantes de servicio, y la vió.

—Es preciso, dijo, llevar á esta mujer á la cama: ¿no ven Vds. que se muere?...

—¡Oh! ¡no! contestó ella; no crea V. eso. Dios no puede quitarme la vida ahora que tengo esperanzas de volver á ver á mi hijo... Y si está loco, segun dicen, no querrá Dios privarle de mis cuidados...

—Señora, añadió el colegial; V. dirá lo que quiera, pero no puede V. pasar la noche á la intemperie, porque en el estado en que se halla V. no podria resistir.

—Sí, señor, tengo fuerzas.

—Señora, yo sé que no las tiene V., y aquí no podemos consentir que se muera quien puede salvarse. Vamos, buena señora, déjese V. llevar á un sitio más seco y abrigado, y pase V. la noche en el hospital, ya que lo desea, pero en la cama... De lo contrario, no podrá V. ver, como dice, mañana á su hijo, porque sin remedio morirá V. en la noche.

Esto decidió á la anciana á aceptar la proposicion de aquel jóven practicante, acostumbrado á la cari-

dad, y que ya comprendia perfectamente los deberes á que le obligaba la honrosa carrera de la medicina que estaba siguiendo.

Llevaron á la buena señora á un lecho que el practicante hizo calentar; desnudáronla, abrigáronla, y la recomendaron mucho á las hermanas de la Caridad.

Media hora despues, la pobre mujer habia sucumbido al sueño, bien contra su voluntad.

Llevaba muchos dias de pesares y de insomnios, y no era extraño que la venciese el sueño. La naturaleza no transige jamás en sus derechos.

¡Qué sueño tan feliz fué el de la pobre madre!

Soñaba que su hijo lo era.

¡Qué mayor felicidad para una madre?

Soñaba que se habia casado el noble jóven con una hermosa mujer, llena de amor y de virtud, y que tenia dos hijos hermosísimos, que no hacian más que *hacer rabiar* á su abuela, que estaba loca con ellos. Su hijo era un gran artista, y todo el mundo le honraba y distinguia; no le faltaba trabajo, vivia en la mayor holgura, y su mujer era la envidia de cuantos la conocian.

La buena mujer soñaba lo que deseaba.

El sueño es el gran consuelo de los desgraciados; nadie puede creerse abandonado de Dios sino cuando, siendo muy desdichado, no puede gozar el supremo consuelo del sueño.

El sueño del pobre es la ventura y la riqueza.

El sueño del preso es la libertad.

Hasta el reo de muerte, cuando le faltan cortas horas para perder la vida, halla en el sueño inefable consuelo; vuelve á verse entre los suyos, inocente, feliz, amado por su familia, respetado por todo el mundo... y pensando luego al despertar en su felicísimo sueño, acaso ve ya con ménos espanto la muerte, que es otro sueño benéfico del que se despierta en los brazos del Señor.

La madre de Luis durmió, y fué feliz unas horas; ella que tanto tiempo llevaba de penas y amarguras.

Despertó, y todo estaba en tinieblas.

—Aún es de noche, dijo... ¡Qué buen sueño he tenido! mi hijo era venturoso. ¡Ay! ¡ojalá! ¿Dónde estoy? ¡Ah! ya recuerdo; estoy en el hospital, donde se cree que está también mi hijo, y en cuanto sea de día me han ofrecido que le podré ver... ¡Oh! yo me desesperaba... y aún hay caridad... no me han permitido pasar la noche en el banco del patio porque me hubiera quedado helada... Dios les pague el bien que me han hecho.

Quisiera que fuera ya de día; pero el tiempo no avanza á medida del deseo... tendré paciencia por unas horas más... ¡Dios mio! ¿será cierto que mi hijo se ha vuelto loco?... ¡Oh! bien temia yo que aquella ingrata iba á ser su perdicion y la mia. ¿Qué será de nosotros, Dios mio, si mi hijo ha perdido la razon?...

Pasaba el tiempo, y no aparecía la consoladora claridad del día, que con tanto afan esperaba la santa mujer.

—¡Jesus! decia, ¡qué despacio va el tiempo para el que espera! ¡Qué noche tan larga!

—¿Cómo está V., buena señora? le preguntó una voz que conoció por la del caritativo practicante que la habia conducido al lecho.

—Estoy bien; sólo quiero ver á mi hijo... que el corazon me dice que es mi hijo ese que han traído aquí por loco.

—Ahora si que le verá V., pero si se hubiera usted quedado abajo anoche, como queria, no le podria usted ver; á estas horas estaria V. muerta.

—¡Oh! Dios le pague á V. la caridad. ¡Ay! ¡qué noche tan larga! ¿cuándo amanecerá?...

—¿Qué dice V.? preguntó con asombro el practicante.

—Perdone V., pero considere si es natural mi impaciencia; quisiera que las horas fuesen minutos, que hubiera amanecido ya, que el sol viniera pronto á disipar las tinieblas de esta noche tan larga.

—¡Dios mio! exclamó el estudiante fijando la mirada en los ojos abiertos de la enferma.

—Usted me compadece, V. debe ser muy bueno, usted debe querer mucho á su madre. ¿Tiene V. madre?

Por las mejillas del estudiante corrian dos lágrimas; el noble jóven, que en efecto tenia madre y la adoraba, no podia ser indiferente al inmenso infortunio de aquella anciana que le miraba con los ojos fijos, y no le veia, y no veia tampoco el sol que penetraba por las grandes ventanas de la sala, consolando al enfermo y dando ánimo al moribundo.

La madre de Luis habia adquirido aquella noche esa terrible enfermedad que se llama gota serena.

No podría volver á ver á su hijo. ¡Pobre madre!

—Vamos, señora, continuó el estudiante, que no podia contener sus lágrimas, esté V. tranquila.

—Sí, señor, sí, lo estoy; al fin he hallado un alma buena en el mundo, y tengo confianza.

—Sí, sí, no tenga V. cuidado alguno, añadió el jóven, cuidaré de V. como de mi madre, de su hijo de V. como de mi hermano.

—¡Ah! ¡cuánto siento que sea de noche y no pueda ver el rostro de quien tanto me consuela!... ¡Jesus! ¡qué noche tan negra y tan larga!...

Al lado de la cabecera de la pobre ciega estuvo el practicante hasta que la infeliz se durmió otra vez; ya sólo en sueños podia ver la luz; sólo soñando podia ver á su hijo.

Luis estaba en un estado indecible de desesperacion. Sacudia furioso los barrotes de la reja de su jaula, y gritaba:

—¡Infames! ¡yo loco!... ¡Oh! ¡mi madre! ¡dónde está mi madre?... Le ocultan que estoy aquí, porque si lo supiera, ya habria venido, ya habria venido á abrir esta maldita puerta.

El practicante se acercó á la reja.

—Hermano mio, le dijo con voz amable.

—¿Quién es? preguntó el loco, ¿quién me habla el lenguaje del amor y la caridad?...

—Yo, yo que me intereso por V., yo que le con-

sidero como mi hermano más querido, yo que vengo á consolarle y á acompañarle en su dolor.

—¡Ah! gracias, Dios mio, exclamó el pintor, ya me miras con ojos de piedad.

—¿Me permite V. que entre?...

—¡Oh! sí, sí; me hará V. gran favor. Tengo muchas cosas que decir á V., porque, aunque no le conozco, veo que V. es un alma buena, y me inspira completa confianza.

Y el practicante se hizo abrir la puerta de la jaula, y entró.

Luis le estrechó y le besó la mano, sin que aquel tuviera tiempo de impedirlo.

—¡Oh! ¡qué bueno es V.! le dijo.

—No hablemos de mí, hablemos de V.; dígame usted por qué le han traído aquí.

El pintor no ocultó nada al jóven; refirióle completa la triste historia de sus amores, y todos los detalles de las escenas habidas en la casa del ex-ministro la noche de la boda de este ridículo personaje con la ingrata Isabel, con lo cual el practicante quedó convencido de que Luis no estaba loco, y se propuso desbaratar la inicua trama de los que en aquel sitio habían sepultado en vida al artista.

—¡Cuánto celebro haber visto á V.!... Es una infamia tenerle á V. en este sitio.

—¿Es verdad? Aquí, estos hombres sin corazón, que por lo mismo que están consagrados á cuidar de pobres seres privados de la razón, debían ser piadosos y caritativos, se han reído cuando les he dicho

que no estaba loco, me han atado como á una fiera cuando me desesperaba. Pero V. me sacará de aquí.

—¡Oh! sí por cierto.

—Ahora, ahora mismo.

—No, ahora es imposible; es preciso que autorice la salida de V. la autoridad civil de la provincia.

—¡Dios mio! ¿aún he de sufrir más?

—Poderoso enemigo tiene V. en ese D. Tomás Meco. El querrá vengarse de la burla que le hizo usted en la noche de su boda, y tiene poderosa influencia para conseguirlo.

—¡Oh! ¡madre mia!

—A su madre de V. yo la veré, yo la tranquilizaré, y aseguro que V. volverá á verla pronto. Confíe usted en mí; yo veré á la autoridad, yo veré, si es preciso, al Sr. Meco.

—¡Oh! no se comprometa V. por mí.

—Tendré prudencia, porque podría de otro modo empeorar la causa de V.; hay que tener mucho miedo á los poderosos que tienen mal corazon; hacen el mal y quedan impunes.

—Luis tenia una tos seca y penosa, y el practicante le vió escupir sangre.

Llamó al encargado de aquel siniestro departamento de locos y logró que pusieran mejor cama á Luis con otro colchon sobre el jergon, y sábanas limpias y dos mantas de bastante abrigo, y luego dijo:

—Mientras esté aquí este caballero, á contar desde hoy, yo pago los diez reales de reglamento para que se le dé buena y sustanciosa comida.

—¿Cómo? exclamó Luis, ¿eso [va V. á hacer por mí?

—¿Y qué tiene de particular? Seria una falta que no me perdonaria nunca, dejar de hacer el bien pudiendo hacerlo. Yo gano aquí diez reales; los dias que esté V. aquí, comeré de la comida de los enfermos, que yo estoy sano y robusto y necesito ménos cuidado que V., y luego que V. salga ya me lo pagará; que tampoco quiero humillarle ofreciéndole eso como una limosna.

—¡Ah! ¡qué noble y generoso corazon!

El pobre artista quedó tranquilo y consolado con aquella visita, y bendijo á Dios que le habia proporcionado conocer á un hombre tan bueno y caritativo.

Arregláronle el lecho como lo habia dispuesto el estudiante, y sintió Luis un benéfico calor en todo el cuerpo, y pensando en su pobre madre y en su generoso protector, se quedó dormido.

Era la primera vez, desde que *estaba loco*, que podia gozar tranquilo y apacible sueño.

No soñó ya con Isabel, como soñaba siempre ántes.

Soñó que Virginia, la pobre italiana, la que murió de amor purísimo por él, venia á sentarse á la cabecera de su cama, y le cuidaba y consolaba, y él, libre ya su corazon del malhadado amor que le habia destrozado, hacia promesas de eterna felicidad á la bella Virginia, y que la madre de ésta y la suya unian las manos de ambos y los bendecian.

¡Qué noche tan feliz para el mísero preso!

Sin duda el alma pura de Virginia le bendecia

desde el cielo, habiendo visto sus penas y sus terribles sufrimientos.

Dejemos á la madre y al hijo entregados á la felicidad del sueño, y sigamos al jóven practicante, que ha pedido licencia para salir del establecimiento dos horas.

Se dirigió á casa del ex-ministro recién casado.

—¿Está visible la señora? preguntó.

—No se puede ver á S. E., contestó el criado.

El estudiante sacó un papel, escribió en él algunas palabras con lápiz, y comprando un sobre en una tienda inmediata y cerrando en él el papel, volvió á entregárselo al criado.

—La señora, le dijo, tiene el mayor interes en recibir pronto esta carta; si V. se la entrega le hará usted un buen servicio. Yo volveré dentro de media hora.

El papel decia lo siguiente:

«Señora, Luis está encerrado por loco en el Hospital.—V. sabe que no está loco.—V. puede sacarle de allí y devolverle á los brazos de su madre.—Si lo hace V., nadie sabrá su historia; si no lo hace V., un hombre hay en el mundo que está resuelto á descubrir la verdad.—Volveré dentro de media hora.»

Y á la media hora volvió el estudiante.

—Pase V., dijo el criado.

El practicante entró en un precioso *boudoir*, que estaba casi á oscuras.

—¿Es V. el que ha traído ántes una carta? le preguntó una voz.

—Sí, señora.

—¿Y quién es V.?

—Soy un cualquiera, nadie, como quien dice, un practicante del Hospital general, donde he visto un loco que no es loco, pero que se volverá loco, si continúa allí. Me ha contado su historia, y yo, por mí y ante mí, sin consultarlo con él, que se hubiera opuesto, vengo á suplicar á V. que le saque de aquel lugar de tristeza.

—¿Y cómo?

—Es fácil: basta una orden del gobernador civil.

—La tendrá V.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Bien, esperaré hasta mañana.

—Doy á V. gracias por su buen proceder.

—No lo hago porque V. me lo agradezca.

—Tome V.

—¿Qué?...

—Esto.

—¿Y qué es eso?

—Una pequeña prueba de mi agradecimiento.

—Désela V. á los pobres, que están más necesitados que yo.

—Pero...

—Basta, señora. Si hace V. lo que ofrece, no me vuelvo á acordar siquiera del nombre de V., ni he de hablar de V. con nadie, ni he de procurar verla en mi vida.

Y salió el estudiante sin haber procurado descu-

brir en la sombra de la habitacion el rostro de aquella mujer. Ni la miró siquiera.

Bastábale saber que el dia siguiente podria salir del Hospital su pobre amigo.

—Pero ¡Dios mio! exclamó, recordando la terrible sorpresa que le esperaba al ver ciega á su madre; ¡cómo podrá resistir á este nuevo golpe, más tremendo que todos los que ha recibido?... ¡Cómo le prepararé yo para este gran dolor que le espera?... ¡Ah! ¡nunca se ha visto tan grande infortunio! Dios me inspirará, porque, á no ayudarme él, desconfío de salvar á la madre y al hijo.

El dia siguiente volvió el estudiante al departamento de locos.

Luis estaba contento.

—He pasado muy buena noche, le dijo.

—Y yo le traigo á V. buenas noticias. Hoy debe venir el permiso para la salida de V.

—¿No faltará?

—Creo que no, pero entre tanto, hablemos de usted y de su madre. ¿Ya habrá V. olvidado ese malhadado amor?...

—¡Oh! sí, lo he olvidado.

—Ahora debe V. consagrarse sólo al amor de su madre; ya ve V. qué pena tan grande le proporcionó con la locura que ha hecho.

—Es verdad, tengo que pedirle perdon, que no me lo negará.

—¡Ya lo creo! deseando está estrechar á V. en sus brazos. Y está muy cerca de V.

—¿Sí? ¿Dónde?... ¡Oh! por Dios le pido á V. que me la deje ver.

—No es posible ahora.

—¿Pues cómo está aquí?

—Ha estado muy malita la pobre; cuando vino aquí llevaba dos dias de no dormir, de no descansar ni comer, de correr todo el santo dia por Madrid, en medio de la lluvia y la tempestad.

—¡Madre de mi alma!

—Temimos por su vida, pero Dios no ha querido que muera, y ahora no está ya en peligro de muerte...

—¡Oh! tiemblo al pensar que podia no haber vuelto á ver á mi madre.

—Lo mismo dice ella ahora.

—¡Cuánto tarda la hora de verla!

Llegó por fin la hora; el director del hospital recibió una orden de la autoridad para que dejase salir libremente al jóven encerrado por loco.

Y si el lector tiene curiosidad de saber quién logró de la autoridad esta orden, y no lo ha adivinado, sepa que no fué la señora del ex-ministro, sino este mismo, á quien su mujer obligó á dar ese paso, aunque el ex-ministro se habia propuesto, rencoroso y vengativo, dar tiempo bastante á que Luis se volviera loco de veras, para que cuando se tratara de sacarlo de allí no fuese ya ocasion de sacarle, sino de meterle.

La esposa no tuvo más remedio que referir á su marido la verdad, diciéndole que Luis habia sido su prometido, y que el despecho de verse el pobre tan

cruelmente desairado habia sido el motivo de la escena famosa de la noche de boda, y esto irritó aún más al bueno de Tomasito Meco; pero esto era precisamente lo que ella queria, que se irritase mucho más, para poder domarle más radicalmente, por decirlo así, y obtener sobre él mayor triunfo.

Lloró la muy ladina, suplicó, abrazó las rodillas del viejo, y no consiguiendo así su intento, secó las lágrimas, le habló con entereza, le amenazó con abandonarle, y á esta amenaza ya no pudo resistir.

El temible seductor habia acabado su carrera como todos, viniendo á ser esclavo y juguete de una mujer que le despreciaba.

Hay muchos hombres de talento, tontos de capirote.

.....

Cuando el practicante vió la orden de libertad para su amigo, tembló como si se viera en un gran peligro.

El pobre Luis iba á saber que su madre estaba ciega.

—Es preciso, le dijo, que tenga V. todavía un poco de paciencia.

—¡Oh! sí, lo que V. piense será siempre lo mejor; yo no puedo negarme á nada que me indique mi generoso salvador. A V. debo la razon, la dicha de volver á ver á mi madre, la vida, en fin... Yo haré todo lo que V. quiera.

—Así me gusta, que sea V. razonable; es todo lo más que se le puede pedir á quien ha vivido en una casa de locos.

—Es verdad, contestó Luis con una triste sonrisa.

—¡Qué buena señora es su madre de V.! Debe tener un corazón de oro.

—Para creerlo así basta saber lo desgraciada que ha sido. Dió su amor y su vida entera á una hija ajena, y ésta le ha sido ingrata, y luego, para mayor dolor, su hijo, su hijo verdadero, ha amado tanto á la ingrata, que por ella le ha causado tantos pesares... ¡Pobre madre mia! Y mi dolor es más profundo ahora, porque, á V. se lo digo que es mi amigo verdadero, tengo un triste presentimiento...

—¿Cuál?

—Que he de morir pronto.

—¡Qué idea!

—¡Oh! sí, yo mismo he llamado á la muerte.

—Deseche V. ese pensamiento.

—No podía. Siento en el pecho una cosa extraña, que nunca he sentido. En los días que he pasado en la mayor desesperación, encerrado en esa horrible jaula, he sentido en muchos momentos un dolor intenso en el pecho, como si me lo oprimieran con una piedra, y luego desvanecerse mi vista, y aquí en la garganta subir la sangre y como dos golpes en las sienes, y luego he arrojado sangre por la boca.... ¡Ay! amigo mio, condenado estoy á morir en la flor de mis años.

—¡Oh! no crea V. semejante cosa.

—Por mi madre lo siento, por mi madre, que no podrá resistir á ese golpe. Lo que es por mí, no temo que llegue pronto la hora de mi muerte. Un ángel

hay en el cielo que me llama, que me espera. Para mí será una dicha ir á reunirme con ese ángel.

—¡Olvida V. que su madre le necesita!... ¡Oh! es preciso que tenga V. valor y fortaleza, que no se deje usted vencer por nada, que viva V. para su madre, que es muy desgraciada, mucho más de lo que V. cree.

—¿Cómo?

—Muy desgraciada.

—¿Qué quiere V. decir? ¡Por Dios!... ¿qué nueva desgracia?...

—No, no se alarme V. todavía.

—Pero ¿vive mi madre, ó vive y está en peligro de muerte?

—No, por mi honor juro á V. que no está en semejante peligro, como ya se lo he asegurado á V. ántes.

—Pues le ha sucedido una gran desgracia.

—Eso no lo he negado.

—Pero, ¿cuál?... ¿Está loca acaso?

—No. Dios es bueno, Dios no hace nunca más que aquello que conviene á sus criaturas. Hoy ha herido á su madre de V., pero acaso su intencion ha sido curar á V. radicalmente de su fatal pasion, hacerle volver al amor de su madre únicamente, y reconocer que el amor maternal es el único capaz de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones, el único verdad, en fin.

—Pero, amigo mio, ¿y mi madre?...

—El cansancio, la debilidad, el frio, la humedad,

la pena que ha sufrido, el llanto que ha vertido sin cesar en estos tristes dias, todo eso ha contribuido á que la acometa un mal horrible...

—¿Cuál, Dios mio?

—Más horrible para los que lo ven en una persona querida que para la misma persona que lo padece.

—¿Una parálisis acaso?...

—No, no es eso...

Y el practicante no se atrevia á decir la verdad: esperaba que el mismo Luis fuese quien la adivinara.

—¡Ah! exclamó, ¡mi madre está muda!... ¿No es eso?...

El estudiante hizo una señal negativa.

—Entónces, no puedo adivinar... ¿Ha sufrido alguna caida?... ¿Acaso la voy á encontrar despues de haber sufrido alguna operacion?...

—¡Oh! no, no es eso.

Todo se le ocürria á Luis, todo, ménos la verdad.

No podia presumir que su madre estaba ciega.

Esta horrible idea acaso vino á su imaginacion, pero la desechó en seguida con espanto.

—Su madre de V., dijo el practicante, no podrá ver á V. hoy mismo.

—¡Dios mio! ¿por qué?...

—Ya he dicho á V. que está muy débil, sumamente débil, que una conmocion muy fuerte la mataria.

—Bien, yo no la hablaré, no la llevaré de aquí. Aquí estaremos hasta que esté repuesta...

—Pero ella no le podrá ver á V...

—Voy á volverme loco... ¿Por qué me dice V. eso?...

—Porque... porque... y una lágrima brilló en los ojos del practicante, que ya no podia contener su emocion.

—Por piedad, dígame V. la verdad.

—Pues bien, su madre de V... no le podrá ver á usted ahora... porque...

—¡Ah! exclamó Luis en un grito de agudo dolor, ¡mi madre... mi madre está ciega!...

.....
El practicante recibió en sus brazos á su nuevo amigo, y ambos lloraron con dolor profundo.

Pasado el primer momento, Luis cayó en el mayor extremo de la desesperacion.

—¡Oh! exclamó en un arranque de furor, ¡misera-
ble de mí cien y cien veces, que he causado la des-
ventura de mi madre!... Dios me ha maldecido sin
duda.

—¡Por Dios! calma y resignacion.

—¡Oh! para mis males la tendria; pero para ver
sufrir á mi madre...

—Y ella, á pesar de su desgracia, se sentia dicho-
sa pudiendo abrazar á su hijo. ¡Oh! y parece provi-
dencial, la misma desgracia que ha caido sobre ella
la evita un profundo pesar.

—¿Cuál?...

—Ver los estragos que han hecho en V. estos dias
de desesperacion.

—¡Oh! es verdad.

—Si le viera á V. sufriría mucho la desdichada.

—¡Oh, Dios mio! si has querido castigarme, en verdad que no podias haberme dado mayor castigo.

—Todavía no hay que desesperar. Su madre de usted no ve ahora; pero eso no quiere decir que haya de ser ciega siempre.

—¿Hay alguna esperanza?...

—¿Quién lo duda?... Ahora, en su estado de prostracion física y moral, sería inútil intentar una dolorosa y difícil operacion; pero cuando la enferma esté tranquila, y bien alimentada, y más fuerte que hoy, aquí, en el hospital, tenemos al más hábil operador, que es mi maestro querido, y se conceptuaría dichoso devolviendo la vista á su señora madre de V.

—¡Ah! V. siempre me quiere consolar.

—Estoy diciendo á V. la verdad.

—Amigo mio, vamos, ya lo sé todo; vamos á ver á mi madre. Ya no habrá inconveniente...

—Hay que evitar que su madre de V. sepa ahora que está ciega... porque se moriria.

—¡Oh! sí.

—Voy á dejar á V. un momento, y pronto vendré á buscarle para que vayamos al lado de su madre de usted.

—¡Oh! Dios le bendiga á V., alma buena.

El practicante se dirigió al lecho de la anciana, y la dijo:

—Señora, vamos á poner á V. un vendaje.

—¿Por qué?...

—Porque es preciso; ya va á amanecer, y no podría V. resistir la claridad; en el estado de debilidad en que se halla ese cerebro, es preciso evitar ciertas cosas. Su hijo de V. pronto estará aquí; pero cuidado con hacer locuras, cuidado con quererse quitar el vendaje, cuidado con querer abrir los ojos.

—¿No he de ver á mi hijo?

—Hoy no; podrá V. estrechar y besar su mano; pero verle no, porque se expondría V. á un terrible mal.

—Bien, tendré paciencia. Vds. han sido tan buenos conmigo, que en todo debo seguir su consejo y obedecerles.

.....
Entre tanto, Luis habia quedado en la sala del departamento de locos.

Estos le rodearon.

—¿Por qué lloras?... le preguntó uno. ¿Te se ha muerto tu mujer?... ¿Pues mira cómo bailo yo porque se me ha muerto la mia?... Ya me he quedado solo en el mundo. ¡Viva la libertad!...

—Mira, le dijo otro acercándose: si te vas de aquí, me vas á hacer el favor de buscar al ministro de la Guerra, y pegarle un palo. No ha querido hacerme general.

—Oye tú, yo soy Dios; yo te puedo cortar la cabeza y ponértela despues. Si tuviera un cigarrito, una puntita siquiera, te digo que no me faltaba nada para ser feliz. Dame un cigarrito, una puntita siquiera, y te hago inmortal... no tienes más que escribirme una

esquela cuando te mueras, y en seguida voy á resucitarte.

—¡Alza, morena! ¡vaya un baile que hemos tenido esta noche! Lo mejor de Madrid ha estado aquí. A mí me ha declarado su amor una duquesa, y hemos quedado en darle hoy al marido un venenillo, para que el apreciable caballero reviente como un triquitraque. ¡Oh! el amor es gran cosa.

—Yo quiero salir de aquí, que mis hijos me están llamando.

—Que me traigan la lanza y el caballo.

¡Guerra! ¡guerra al infiel marroquí!

—¡40.000 duros, 40.000 duros! Por 40.000 duros me como yo á mi padre... ¿Quién me da 40.000 duros?... Yo los tenia, pero los perdí... ¿Qué importa? Mañana los volveré á tener... Y si no, me pego un tiro, dos tiros, veinte tiros, mil millones de tiros, y así descansa un hombre para siempre.

—Ven acá, mujer querida,
ven que te quiero contar
que te amo más que á mi vida...
y que te voy á matar.

¡Já, já, já! ¡qué genio tan grande me ha dado Dios! Yo soy Byron, yo soy Virgilio, yo soy el gran poeta del siglo. ¿Quién quiere que le haga unas endechas á su amada?... Por dos reales un romance, por una peseta una oda, por dos pesetas, ¡ch! ¡por dos pesetas hago yo la *Jerusalem libertada!*

Y no concluiría nunca si fuera á copiar todos los desatinos que dijeron aquellos locos.

Por lo que cada uno decia podia comprenderse el motivo de su locura.

Para el curioso observador, una casa de locos es un mundo lleno de enseñanza y de ejemplos.

En una casa de locos, pueden estudiarse los vicios y las costumbres de la sociedad.

¿Qué es la sociedad más que una casa de locos que saben disimular?...

Los locos á quienes se encierra, son locos que no saben disimular.

No hay más diferencia entre unos y otros.

.....
El practicante volvió y condujo á la sala donde se hallaba el lecho de la anciana al pobre pintor.

—Prudencia recomiendo á V. otra vez.

—La tendré.

Llegaron al lecho.

La enferma estaba sentada y recostada en tres ó cuatro almohadas, con una venda sobre los ojos, con las manos cruzadas sobre el pecho y rezando.

—Vaya, dijo el practicante, aquí está este pícaro.

—Luis, dijo la anciana.

—Madre, perdon.

Y tomando las manos de la buena madre, las besó, y luego la besó tambien en la frente.

—¿De qué te he de perdonar?... Tú á mí, por haber sido loca, y haber creido que me habias abandonado. Tus manos abrasan: ¿cómo te sientes, hijo mio?

—Estoy bien, madre mia; aquí me han cuidado mucho, y mi salud no se ha resentido.

—Eso ya lo conoceré yo en viendo tu rostro. Ahora no puedo verte...

—No, no, madre mia.

—Me lo han prohibido los médicos. ¡Qué buenos son los de esta santa casa! Me han cuidado con un esmero y una caridad...

—Mañana me verá V.

—Sí, sí, mañana te veré, pero no creas que no te veo ahora con los ojos de mi alma. Una madre ve siempre á su hijo, aunque sea ciega.

—¡Dios mio! murmuró Luis.

—Verás cómo estoy quietecita para poder salir pronto, para poder irme contigo. Ya no nos separaremos.

—¡Oh! no, madre mia.

Y al lado del lecho de la pobre ciega pasó el día el jóven sin ventura, que más parecia un cadáver. Tales eran su decaimiento y su palidez.

Esta escena entre la madre y el hijo conmovió profundamente á cuantos la presenciaron.

Aunque ya todos los que la presenciaban tenían costumbre de escenas tristes y desgarradoras.

El hospital es el teatro donde tienen lugar casi siempre las últimas escenas de infinitos dramas sociales.

El que ha recorrido el mundo, penetrando en los más remotos confines, cruzando los ménos frecuentados mares, exponiendo su existencia á la barbarie de los salvajes, estudiando y aprendiendo en todos los pueblos civilizados, sabe mucho sin duda ha vis-

to mucho, ha podido meditar mucho, y conocer á la humanidad, y admirar y reconocer á Dios, autor de todo lo creado.

Pero no podrá decir que lo ha visto todo, no tendrá perfecto conocimiento del mundo, si no ha visitado un hospital, no como curioso indiferente, sino como observador y pensador.

En el hospital se purifican muchas almas, pervertidas en el mundo.

El dolor propio y la contemplacion del ajeno, hacen que vuelva los ojos á Dios el que acaso vivió olvidado de su Criador, sin religion y sin fé.

En el hospital acaban todas las vanidades del mundo.

La primera palabra que oye el que allí entra es la más grande y la más humilde, la que más expresa entre todas las del lenguaje humano, la palabra de Dios, en fin, la palabra ¡*Hermano!*

¡Santa palabra! que da aliento al más fatigado espíritu, que desarruga el ceño de la más arrogante soberbia, que conmueve el corazon del criminal más empedernido, que trae á la memoria, aunque no se quiera, el nombre de Dios, autor de esa palabra consoladora.

En el hospital, la mujer perdida, por todos humillada y despreciada, arrojada del seno de la sociedad, repudiada y desconocida por su propia familia, encuentra á su lado una mujer pura, virtuosa, buena y caritativa, que la mira con amor, que toma en sus manos limpias y honradas su cabeza y sus manos

abrasadas por la fiebre, y la dice con humilde y cariñoso acento:

—¡Hermana!

En el hospital, el huérfano arrojado al mundo como se arroja á la calle un perro que no se quiere mantener, que, al verse solo en el mundo, ha maldecido de su suerte, que desconoce los encantos de la familia, que tiene la inmensa desgracia de no saber lo que es el cariño maternal, que no halló nunca entre los hombres más que soberbios é indiferentes, goza el inefable consuelo de que, ántes de morir, ántes de salir de un mundo tan risueño y benévolo para los demas, tan árido y cruel para él, le llamen:

—¡Hermano!

El pobre, desdeñado por sus parientes ricos, que entra en el hospital lleno de ira y de enojo contra aquellos, acariciando acaso la idea de la venganza, saboreando el deseo de que les suceda algun mal, no puede, á la vista de los infortunios ajenos que le rodean en aquel asilo, tan grandes ó mayores que el suyo, no puede, repito, insistir en sus ideas de venganza y en sus malos deseos.

Allí se despoja de toda mundana pasion; allí le consuela la idea de perdonar á los que le agraviaron; allí, en fin, quiere morir en paz con su conciencia.

.....

Quien desee conocer el grado de civilizacion, cultura y religiosidad de un pueblo, no pregunte á sus habitantes, no tiene necesidad de leer los papeles públicos, no se fie de lo que le digan sus his-

toriadores; haga otra cosa: ir á visitar el hospital y la cárcel.

Allí donde se cuida del bienestar del desgraciado; donde se dispone para recibir al enfermo pobre lo mismo que si el enfermo fuera rico; donde al que cae bajo el imperio de la ley no se le abandona, no se le humilla, no se le maltrata, sino que se le cuida, se le considera, se le enseña, se le trata con caridad; allí se puede decir, sin temor de equivocarse, que existe un pueblo ilustrado, probo, generoso, fuerte y digno de la más amplia libertad; allí se puede decir que hay un gobierno patriota, inteligente y paternal.

Pero donde los hospitales están abandonados, donde los pobres quieren mejor morir en un rincón de su miserable tugurio ó en la plaza pública, donde los criminales están hacinados en las cárceles, llenos de miseria, abandonados, maltratados, sin que se les enseñe más que la vara, y sin que se les haga pensar en sus crímenes ni arrepentirse de ellos; donde todo eso sucede, bien se puede asegurar que existe un pueblo indolente y vicioso, donde hay más fanatismo que religion, más ignorancia que instruccion, más tabernas que escuelas, y un gobierno de vulgares medianías, de hombres ambiciosos, egoistas é ignorantes.

II

El hijo del sacristan hecho un caballero.

Han pasado algunos años.

El hijo del sacristan es, como siempre, el hijo del sacristan, porque hasta ahora no se ha dado ejemplo de que haya quien pueda dejar de ser hijo de su padre, aunque ejemplos se ven de renegar de su padre el hijo y lamentar no haber nacido con mejor fortuna.

Ya no le conocerian Vds., y mucho le habian de conocer los que le vieron en la aldea en su infancia y en su juventud, para poder conocerle ahora.

Su traje es el de un jóven elegante, su aire y su porte los de un hijo de Madrid bien nacido y bien educado, y la distincion de sus modales, y la elegancia de sus patillas, y lo acicalado y pulcro de toda su persona, disimulan perfectamente al tosco, testarudo

y receloso paleta que salió de la aldea escapado, empezando su carrera con una infamia, que supongo no habrá olvidado el lector á la pobre, inocente y tierna compañera de la infancia de mi héroe, hija de la buena tia Torda, que fué con él tan noble y generosa, haciendo por el hijo del ladron y el asesino lo mismo que hubiera hecho por su propio hijo.

Por cambiar, ha cambiado de nombre.

Ahora se llama D. Antonio de Luna.

Luna es un apellido ilustre, un apellido ilustrado por muchos hombres de mérito.

La historia de D. Alvaro de Luna que leyó allá en la biblioteca del cura de su pueblo, le habia hecho gran impresion.

El tambien querria llegar á la altura á que llegó aquel personaje.

Lo único que le disgustaba era el trágico fin de D. Alvaro; pero habia aprendido que ya no solian los grandes señores morir degollados por mano del verdugo, como en los tiempos de D. Juan II, y aunque pudieran correr esa desagradable eventualidad, llegara él á tanto poder y valimiento como el famoso valido, que ya procuraria salvar el pellejo en llegando la ocasion.

En los tiempos de D. Alvaro y en los de D. Rodrigo Calderon y de otros grandes señores que despues de haber subido á la mayor altura de poderío y de grandeza cayeron hasta las manos del ejecutor de la justicia del rey, no habia los medios de escapar que hay ahora; y si alguna vez algun personaje ha sido

en nuestra época víctima del pueblo airado ó de la venganza del monarca, casi siempre ha recaído ese desastre en hombre confiado y valeroso, que él mismo se ha entregado, fiado en la nobleza del enemigo.

El hijo del sacristan, que tan bajo habia nacido, queria subir muy alto, y habia empezado el camino con el firme propósito de llegar al fin.

Dejando para despues referir lo que le pasó desde que en la primera parte de esta novela le abandonamos para contar la triste historia del pobre pintor, le hallamos ahora en una magnífica casa, en un cuarto muy elegante, mirándose al espejo, estudiando acaso la fisonomía con que le conviene presentarse, y fumando un magnífico cigarro legítimo de la Habana.

—Pues, señor, bueno, dice; el mundo es gran cosa.

Otro cualquiera que hubiera venido á Madrid con los recursos que yo traje, seria hoy un infeliz, que ó estaria trabajando en una obra, ó, si no tenia aficion al trabajo, se habria dedicado al robo, ó tendria un puesto de fósforos en una esquina, ó limpiaria las botas á los huéspedes en una casa de ellos, ó seria, todo lo más, mozo de café.

Querer es poder. ¡Vaya si es!

Yo entré en esta casa poco más que de caridad; la primera semana saqué agua del pozo, fregué el suelo, y dormí en la cuadra entre dos yeguas que no sé cómo no me abrieron la cabeza de un par de coces; pero la segunda semana me propuse ascender, y lo conseguí, haciendo el amor á la segunda cocinera.

En lugar de dormir en la cuadra, logré dormir en el cuarto oscuro de la cocina, y en lugar de sacar agua del pozo, me dedicaron á los recados de escalera abajo; es decir, á llevar el cesto cuando iba á la compra la primera cocinera, y á echarle una mano á ella y á su compañera para el más pronto y mejor servicio.

Queriendo ascender más, enzarqué á las dos cocineras, y salió la segunda, y la primera se enamoró de mí, es claro.

Y fui á dormir al cuartito bonito del recibimiento, y tuve catre, y sillas, y mejor comia yo que los amos.

Pero ¿cómo habia de detenerme en la cocina?

Yo denuncié á la doncella los abusos de confianza de la cocinera, su falta de fidelidad, y el poco afecto que la tenia, y la calumnia que contra ella propalaba, suponiendo que servia á la señora de la casa en ciertos devaneos misteriosos.

Y salió de la casa la cocinera primera, y gané la voluntad de la doncella, quien me hizo, por su influencia en la casa, y para ponerme á su altura, así como ayuda de cámara del señor.

Estar cerca del señor era lo que yo queria. ¡Y qué señor!

El primer dia, porque tenia una arruga la levita, me pegó un puntapié. Otro se hubiera ido de la casa. Yo me quedé, y me guardé el puntapié para devolvérselo cuando sea ocasion. El segundo dia queria pegarme otro, de fijo, pero no pudo, porque la levita estaba más reluciente y estirada que acabada de traer

por el sastre. El hombre era una fiera conmigo, y lo es con todo el mundo, pero ya le voy amansando.

Desde la cuadra he subido á ser secretario del conde de Tres Puentes, personaje político de gran influencia, senador, gran cruz de no sé cuántas cosas, gentil-hombre, etc., etc.

El dia que está de mal humor lo descarga en mí, me llena de improperios, y, por consiguiente, no puede pasar sin mí.

Con ese carácter tan violento que tiene, si no me tuviera á su lado para desahogar en mí la bilis, seria capaz de cualquier cosa, se comeria á su mujer, se tiraria por el balcon.

Yo le soy absolutamente necesario, más que él á mí.

No ha podido tener un secretario dos dias; todos han considerado incompatible con su dignidad un empleo que les obligaba á sufrir denuestos y humillaciones.

¡Qué tontos! Yo lo sufro todo... ahora, que despues ya hablaremos.

¡Me gusta á mí este hombre político, á quien sirvo!

¡Qué bien habla en público de la moralidad, de los derechos del pueblo, de los deberes paternales de los gobiernos, de la modestia y sencillez, tan recomendables en los hombres políticos que aspiran á merecer las bendiciones del pueblo, del deber en que están los grandes de tratar humana y dulcemente á los pequeños!... ¡Cómo pintó en el Senado el otro dia los sufrimientos de los esclavos, con ocasion de pedir

la abolición de la esclavitud! ¡cómo hizo llorar al mismo capitán general, ponderando las humillaciones que los amos hacen sufrir á los esclavos, y con qué elocuencia encareció el amor al prójimo y la clemencia y generosidad!

Y luego, cuando vino á casa, y nos pusimos á trabajar, por pcco me pega un pistoletazo porque le observé que se habia equivocado en una fecha que citaba en cierto documento, para cuya redaccion me habia dado notas.

Un golpecito dado en la puerta de la estancia interrumpe sus reflexiones.

—Esta es mi enamorada doncella, dice... en pudiéndome librar de tí...

—¿Estás solo? dice la doncella asomando una cabeza muy linda y un cuerpo muy esbelto.

—Sí... entra pronto; pero mira, con esa costumbre de hablarme de tú, un dia delante de tus señores me vas á tutear, y vas á perder la casa.

—¡Tomas un tono! ¡Tus señores! Parece que tienes empeño en recordarme que soy una criada... Y tú, ¿qué eres?

—Yo soy secretario del conde.

—¡Secretario!... un criado como yo.

—¡Vaya! dejemos eso, y cuéntame. ¿Qué dice tu señora?...

—No te puede ver; yo, como me has encargado, la he hablado de tí, y le he dicho que no me gustas nada, y ella, es claro, no ha ocultado su sentimiento, viendo que coincidía con el mio.

—Pues me tiene sin cuidado... ¿Y no has sabido tú nunca que haya tenido tu señora algún ligero devaneo?...

—No.

—Ya ves, una mujer guapa casada con esa fiera de marido, siempre metido en la política, que apenas la ve, que pasa la vida en los consejos de ministros, en las embajadas, en el Congreso ó en el Senado.

—Nunca he sabido nada; no tiene visitas... Sólo vienen algunas señoras de la beneficencia, y su primo

—¡Valiente primo! un tonto.

—Pues no he podido sospechar nada nunca; ella es muy buena, y si no hubiera sido porque tú me has encargado tanto que me manifestara lo ménos amiga tuya posible, ya le habria dicho...

—¿Qué?...

—La verdad, que nos queremos.

Dijo la doncella estas palabras con tal ingenuidad, que revelaban claramente su poco conocimiento de los hombres, y sobre todo del hijo del sacristan.

—¡Ya te librarás bien! dijo éste muy enojado.

—¡Jesus! ¡no parece sino que te da vergüenza! Pues yo no soy mujer de mala vida... y si estoy en esta casa sirviendo á la señora, ella sabe que mi familia es muy decente, que mi padre ha sido abogado; pero como el pobre se quedó ciego... vinimos á ménos... y sirvo para ayudar á mi pobre madre, que cuida del viejecito...

—Sí, sí, es una historia muy tierna; pero ya me la has contado muchas veces, y la sé de memoria.

—¿Por qué has venido á esta casa?... Yo era feliz.

—¿Vuelven las lamentaciones?

—Yo no me acordaba de hombre ninguno, al lado de mi señora, que es tan buena, y cuando los domingos iba á ver á mis pobrecitos padres, iba contenta, y no tenia nada que ocultarles... y sólo á ellos amaba, á ellos, que tanto me quieren, y tanto me agradecen los ocho duros que les doy todos los meses, como si ellos no me hubieran dado mucho más...

—Tambien me has dicho eso ya treinta veces.

—Seria yo tan feliz si pudiera decir á mi padre: «Padre mio: hay un jóven, bueno y honrado que me quiere, y que es muy trabajador y tiene mucho talento,—esto es verdad, que talento bastante tienes,— y vengo á pedirle á V. que me perdone porque yo le quiero tambien.»

—¡Qué bonito!

—Y mi padre, estoy segura, se alegraria pensando que ántes de morir podria dejarme unida á un hombre de bien, trabajador y cariñoso.

—¡Qué bien! Seria una cosa muy bonita, y nos iríamos á un valle, á una cabaña, con un corderito, una cabrita, dos vacas, tu padre ciego, y tú y yo cogiendo florecitas y haciendo guirnalditas todo el dia... Te digo que seria un espectáculo digno de un cuadro...

—Parece que te burlas de mis sentimientos... ¡Si tendrá razon la señora, que dice que debes ser un malvado!

—¿Eso ha dicho? preguntó con una diabólica sonrisa el secretario. Mucho decir es eso.

—Otra cosa tengo que decirte.

—¿Cuál?

—Que no me vuelvas á encargarme que espíe y sorprenda los pensamientos de mi buena señora, que empiezo á sospechar alguna cosa indigna.

—Vamos, quieres romper conmigo...

—Quiero que no te valgas de mi amor para cosas que no entiendo; quiero no hacer traición á mi señora, tan buena y generosa siempre conmigo.

—Está bien; ni volveré á encargarte cosa alguna, ni á hablarte tampoco. ¡Cómo ha de ser! Hay otras mujeres que hacen cualquier sacrificio por el hombre que las ama, y tienen completa confianza en él, y en todo siguen su dictámen... Pero con esas mujeres, por lo visto, no tienes tú punto de semejanza.

—¡Ah! ¡Qué desgraciada soy!...

—Mira, hija, no me gimas... Es gracioso esto... Las mujeres se dejan querer mientras en nada se las contraría y hacen su regalado gusto, y en cuanto no logran lo que desean tan pronto como quieren, ya se llaman desgraciadas...

—¡Ah! ¿por qué viniste á esta casa?...

Oyense pascs, y el secretario, ántes de que ella pueda impedirlo, coge á la doncella por un brazo, y la arrastra á una alcoba que hay en su despacho, y despues de hacerla entrar cierra la puerta.

Casi al mismo tiempo asoma en la del despacho un lacayo, que dice:

—El señor ha preguntado por V.

—Bueno, voy.

El criado se retira, y el secretario va á abrir la puerta de la alcoba.

—Vamos, vete, dice á la doncella. Un dia te van á sorprender en mi cuarto... y aquel dia concluimos.

—¡Jesus! ¡qué modos! murmura la pobre muchacha.

—No quiero que nadie lo sepa... ¿lo oyes?... Si alguien lo sabe será por tí, y te aseguro que no estarías un momento más en esta casa.

—¡Oh! ¡qué mal he hecho en dar oidos á tus mentiras! ahora lo conozco, ahora veo que tiene razon la señora... tú debes ser muy malo.

Y la afligida muchacha sale de la habitacion de su novio secándose los ojos para que no vean sus lágrimas.

—¡Que soy muy malo! murmura el señor Luna. ¡Pobre muchacha! es verdaderamente un modelo de doncellas, y un prodigio de dulzura y sentimiento; pero juzgo que será preciso que se vaya á casa de su padre ó á otra casa.

Vamos á ver á la fiera.

Y se dirigió al despacho de su principal.

Este estaba paseándose por la habitacion, murmurando no sé qué, y con una cara que manifestaba un humor de todos los demonios.

—Viene V. tarde, le dijo al verle entrar.

—Cuando me ha llamado V. E.

—¡V. E.! á mí no me diga V. eso, no me llame usted vucencia, ya se lo he dicho muchas veces, y no me gusta repetir las cosas.

—Como V. E. quiera.

—¡Voto á!... y lo soltó redondo; V. es un tonto ó un pillo.

—Lo primero acaso, contestó con la mayor sencillez el secretario.

—No, lo que es lo primero...

—V. lo ha dicho.

—Bueno, dejemos eso. Tengo que hablar á usted de un asunto que le interesa. Ya sabe V. que se ha aceptado la dimision del ministerio.

—Sí, señor; lo he leído.

—Pues bien, yo he sido llamado para formar otro...

—¡Ah! señor, mil y mil enhorabuenas.

—No, todavía no; despues de haber quedado admitida mi combinacion, he vuelto á ser llamado, y se me ha dicho que no se me necesita. ¡Este desaire á un hombre como yo!

—Es una cosa incalificable.

—Si me hubiera dejado llevar de mi carácter... Todavía no se ha resuelto la crisis, pero se cree que el favorecido va á ser el imbécil D. Tomás Meco, que ya ha hecho tantos desatinos en el gobierno en varias épocas.

—Sí, ya sé; es un hombre sin prestigio.

—Lo que es en eso, los hombres políticos del dia estamos casi, casi todos á la misma altura; todos nos hemos gastado grandemente, y al fin y al cabo, si Dios no lo remedia, vendrá un cataclismo del que todos tendremos la culpa y todos se la echaremos al vecino... ¡Pero confiar el gobierno á Meco y desai-

rarme á mí!... ¡Vive Dios que se ha de divertir mi amigo Meco!

—Siendo amigo de V., tendrá V. que respetarle y...

—¡Hombre! V. no siente lo que dice; V. no es tonto, y sabe que una cosa es la amistad y otra cosa es la política.

—¿Y qué piensa V. hacer?...

—Veremos; todavía no tengo un plan resuelto; pero... yo le aseguro á V. que no dura D. Tomás dos meses en el poder. V. me va á ayudar.

—¿Yo?

—V. no tendrá inconveniente en tomar un destino del gobierno.

—No, señor; yo no tengo inconveniente en nada.

—Pues bien, lo demas corre de mi cuenta. V. es joven, atrevido, tiene V. desfachatez y ambicion.

—¡Vaya!

—Ahora va V. á salir, á oír lo que dice la gente preocupada con la crisis. Una crisis en la capital de España es un recurso grande para los desocupados, que aquí son innumerables, y para los embusteros. Y bueno es oír todo lo que se dice, aunque sean desatinos.—Yo le haré á V. lugar, yo le meteré á usted en el mundo de la política, y luego de V. depende lo demas. Ahora le hacen á V. falta dos cosas.

—¿Cuáles, señor?

—Unos amores y un desafio. Son dos buenos fundamentos para hacer carrera. Por los amores se llama la atencion de las mujeres, y por el desafio la de los hombres.

Cualquiera de estos medios, ó los dos juntos, sirven acaso más que muchos años de carrera y muchas noches de insomnio empleadas en leer libros.

—No olvidaré el consejo.

—Es bueno. ¡Ah! esos amores de menor cuantía que tiene V. con la doncella de mi mujer, no le favorecen á V., y le estorbarán. Lo que conviene es que usted se vaya de aquí.

—¿Cómo?...

—Sí; toma V. un cuarto lo más léjos posible, ó va usted á una casa de huéspedes decente; esto es mejor.

—Como V. quiera.

—Pues vaya V., vaya V., y vuelva luego, que yo voy á escribir para *El Bien del País* un artículo, pronosticando todas las barbaridades que va á hacer mi amigo Meco en el poder. Y al periodismo, ¿le tiene usted aficion?

—¡Oh! sí, señor; pero no sé si mi poca instrucción...

—Ese no seria inconveniente; para escribir bien de política, para ser un periodista capaz de estudiar y tratar con acierto todas las cuestiones políticas, históricas, científicas, sociales, etc., etc., se necesita muchísima instrucción, ¿quién lo duda? pero para la política menuda á que estamos condenados y que hacemos aquí todos, yo el primero, porque así se medra más, no se necesita saber gran cosa. Yo estoy hace muchos años leyendo en los periódicos diariamente dos artículos de fondo enteramente iguales

siempre, uno de oposicion y otro ministerial. Suele variar, aunque no mucho, la forma; pero lo que es el fondo, siempre el mismo. El uno dice siempre: ¡*Muy mal!* y el otro: ¡*Muy bien!* Si Mecó fuera un hombre más temible en el poder, ahora le soltaria yo un periódico mio para que se divirtiera; pero no merece ese majadero que me gaste los cuartos en esa empresa.

Mi D. Antonio de Luna salió encantado de la entrevista con su señor.

—¡Fortuna! exclamó, ¡bendita seas! ¡Unos amores! ¡un desafío! ¡Ah! ¡ya sé yo á quién consagraria mis amores! ¡Desafío!... esto es más grave: aquí hay cada señorito que se está muriendo y no tiene fuerzas para luchar con un mosquito, que le encaja á cualquiera un tiro entre las cejas ó le abre un agujero con un florete en medio del corazon... Pero yo no retrocedo por tan poca cosa: si un desafío puede servir á mi encumbramiento, lo tendré, ¡vaya si lo tendré!

—¿Te vas? le dijo la doncella, que le salió al encuentro cuando se dirigia á su cuarto á coger el sombrero.

—¡Déjame en paz!

—¿Qué tienes? ¿Te ha reñido el señor?...

—¡Reñido!... ¿Pero tú te has figurado que soy algun criado? El señor, como tú dices, ha advertido tus imprudencias sin duda, nuestras relaciones, y por tí tengo que salir de esta casa.

—¿Cómo?

—Mañana mismo.

—¿Y te irás?

—Es claro, y tiene razon que le sobra; pero no debes quejarte: tú tienes la culpa.

—¡Dios mio! pues yo me iré tambien.

—Tú estás loca.

—Seguiré tu suerte... ¡Oh! si tú quisieras...

—Lo que debes hacer es dejarte de niñerías y no pensar en casamientos...

—¿Qué dices?

—Tengo que hacer carrera; el conde de Tres Puentes, mi señor, como tú dices, me quiere proteger, pero indudablemente dejaria de protegerme si me viera distraido en amores dentro de su casa...

—¡Ah, miserable!

—El me ha aconsejado que te hable francamente, por tu bien.

—¡Infame!...

—¡Calla!

—No quiero callar. ¡Maldita sea la hora en que te conocí!

Y rompió á llorar la pobre muchacha.

Hallábanse en una galería en la cual estaba el cuarto del flamante secretario.

En la entrada de la galería apareció una mujer alta y distinguida.

Antonio, que habia visto moverse el cortinon que cubria aquella entrada, habia querido arrastrar á la doncella á ocultarla en su cuarto; pero ésta, al ver á la señora que levantaba la cortina, se desasíó y exclamó:

—¡Ay, señora de mi vida!

—¿Qué es esto?... dijo la señora, que no era otra que la condesa de Tres Puentes; y, dirigiéndose al secretario, le preguntó:

—¿Puede V. explicarme qué es lo que hacia usted aquí?

—Señora, iba á mi habitacion.

—Me parece que tendré que decir á su amo de usted, y recalcó estas palabras, que le mande dejar esa habitacion.

—Señora, contestó Antonio sosteniendo la severa mirada de la condesa, puede V. E. excusarse la molestia, porque ya no la ocuparé más.

—¡En hora buena!

—El señor conde no me considera ya criado de su casa, y por lo tanto no necesito tener en su misma casa habitacion.

—Es una novedad que ignoraba.

—El señor conde utilizará mis servicios, mi adhesion y mi gratitud de otra manera, señora.

—Mucho mejor.—Ven, pobre niña, añadió la condesa con tono cariñoso, cogiendo de la mano á su doncella, y sin contestar al profundo saludo que la hacia el secretario, volvió la espalda llevándose á la muchacha, que la merecia tierno afecto, porque no podia olvidar que el padre de la doncella habia sido un buen servidor de su casa.

Antonio se tragó aquella humillacion, pero no la digirió.

No habia hablado tres veces con la condesa, pero

había adivinado que la condesa no tenía formada de él la mejor opinión y le trataba con soberano desprecio.

Y era preciso que fuera grande la antipatía que le causaba el secretario, porque no podía hallarse un carácter más bello y bondadoso que el de la condesa de Tres Puentes, mujer de grandísimo talento, de gran virtud, compasiva y generosa con todo el mundo, y que evitaba con el mayor cuidado, aún respecto de sus criados, toda palabra, toda acción que pudiera traducirse por orgullo y vanidad.

Al contrario, para los pobres, para los débiles, tenía siempre frases amables, consuelos tiernísimos y generosa protección, y cuando iba á hacer limosnas, que era su más agradable ocupación, más que la dádiva, estimaban los pobres aquel lenguaje sencillo y franco, y verla sentada en una silla rota, la mejor de la pobre morada, y teniendo en sus brazos el niño desnudito ó envuelto en pañales rotos y á veces nada limpios.

Y cuando alguno de sus criados enfermaba, no se desdeñaba ella, la gran señora, de ir á su cuarto á visitarle, ó á la misma cuadra.

Sólo una cosa le mortificaba; la gran reputación de buena y caritativa que había alcanzado en todo Madrid, porque no hay como los pobres para hacerse lenguas de quien socorre sus desgracias, y las socorre tan discreta y noblemente.

En la calle del Aguila, en el Barranco, en los

barrios de Maravillas, en las afueras, en todos los sitios donde en verdaderos tugurios, en horribles focos de infeccion, viven los pobres en Madrid, era bien conocida la condesa de Tres Puentes, aunque, cuando iba á dar sus limosnas, llevaba el velo echado y vestia con la mayor sencillez.

En cambio en la alta sociedad, á la que pertenecia la noble dama, se murmuraba de ella, diciendo que era una hipócrita, que se habia metido á devota despues de haber sido un diablo, y que algun misterio habria en su conducta;—que no hay nada más implacable que la murmuracion cortesana, y no hay nada que tanto se persiga de obra y de palabra en la sociedad como la verdadera virtud.

Pero la condesa de Tres Puentes ni se enorgullecia con las alabanzas de los pobres, ni se desalentaba con las murmuraciones de sus iguales.

III

Como la espuma.

Después de una nueva y laboriosa crisis fué nombrado presidente del Consejo el Excmo. Sr. D. Tomás Meco, y de este modo se encontró Isabel, la que acabada de nacer fué arrojada á la calle, presidenta nada ménos que del Consejo de ministras, puesto que siéndolo su marido de los ministros, parecia natural que ella lo fuera de las ministras.

Estas cosas hace la caprichosa fortuna.

Quien parece nacido para ser un infeliz toda su vida, llega á las más altas alturas, y quien en estas nació suele descender á la posición más triste y miserable.

El conde de Tres Puentes, amigo particular del presidente del Consejo de ministros, era, como ya se ha dicho, su más irreconciliable enemigo político, y

así como en su calidad de amigo particular de aquel personaje, hubiera sentido que se le torciera un pié ó le dolieran las muelas, como enemigo político habría tenido mucho gusto y singular complacencia en verle colgado de un farol.

Esta es la política.

Figúrese, pues, el perspicaz lector qué gusto le daría, con aquel geniazo que tenía, al conde de Tres Puentes leer en la *Gaceta* los decretos nombrando el nuevo ministerio.

Encerróse el conde en su gabinete, echó hiel en el tintero, mojó en él la pluma, convertida en puñal, y escribió el más sangriento artículo que ha ilustrado las columnas de la prensa española, que en esto de artículos sangrientos puede presentar un completo y variado repertorio de atrocidades.

El articulista vertió sobre el papel todo el veneno de sus sentimientos, jugó con el gobierno como un gatazo con un ratoncillo, se burló de él soberanamente, y en fin, no le dejó hueso sano... Después de lanzado á los vientos de la publicidad aquel artículo, el gobierno quedaba hecho un guiñapo.

Cuando lo hubo terminado, lo leyó y releyó cien veces, y todavía recargó alguna frase, todavía interpuso algún adjetivo para dar más fuerza á la expresión, todavía se gozó en añadir apóstrofes é ironías, burlas y veras.

Cuando se le presentó su secretario, le dijo:

—Cierre V. la puerta; siéntese, y escriba.

Obedeció el hijo del sacristan, y escribió, dictada

por su amo, una copia de aquel libelo, que no por estar escrito con elegante estilo y buenos términos y elegantes giros, dejaba de ser un libelo, más temible sin duda que un artículo lleno de desvergüenzas é insultos; y cuando el amanuense hubo concluido, volvió á decir el conde:

—Ahí tiene V. hecha su fortuna.

—No entiendo.

—Yo le regalo á V. ese artículo.

—Muchas gracias.

—Ese artículo es de V., y no tiene V. más que poner debajo su nombre.

—¡Mi nombre!

—Justamente: *Antonio de Luna*.

—Pero...

—Yo quiero que se publique ese artículo firmado por V.; su nombre de V. es completamente desconocido en el periodismo y la política, y todos creerán que Antonio de Luna es un nombre de fantasía, y que yo, que paso por el inspirador de *El Bien del País*, donde se ha de publicar, soy su verdadero autor.

—Creerán la verdad.

—Bueno; pues esa creencia le dará á V. lugar de escribir un comunicado, diciendo que el artículo no es mio, y que el nombre que aparece al pié no es un pseudónimo, sino el de D. Antonio de Luna, que vive en tal parte.

El efecto del artículo se hace sin remedio, y yo me quedo detras de la cortina, que es donde ahora

me conviene estar, y V., si sabe aprovechar las circunstancias, hace su suerte. ¿Le acomoda á V.?

—Los deseos de V. son órdenes para mí. Mi agradecimiento...

—Déjese V. de frases; yo me utilizo de V. por lo que me utilizo, no por su linda cara. Quien lleva ya muchos años en la vida pública, sabe á qué atenerse respecto de esas frases tan bonitas como agradecimiento, abnegacion, desinteres, sacrificio, etc., etc.

Lleve V. mismo á la redaccion este artículo: basta que con esta tarjeta mia se lo entregue V. al portero. Le advierto á V. que pudiera suceder que este escrito firmado por V. le proporcionara una causa criminal por delitos de lesa majestad, de ataque á los poderes constituidos, de injuria y calumnia, y todo lo demas que se ha inventado para dar importancia á los periódicos.

—No importa, nada temo.

—Bien dicho; es V. de la madera de los que suben como la espuma.

El artículo se publicó, y cayó como una bomba en el campo de la política.

El fiscal de imprenta tenia aquel dia telarañas en los ojos, pensando si el nuevo ministro le dejaria en su puesto ó le limpiaria el comedero, y como el artículo empezaba hipócritamente felicitando al gobierno nuevo, creyó el buen hombre que era un artículo encomiástico, y hasta se alegró de que un periódico tan bien escrito como *El Bien del País*, tratase con benevolencia á la nueva situacion.

Cuando algun amigo fiel le llamó la atención sobre el artículo que era para el gobierno como un par de banderillas de fuego para un toro, quiso el pobre fiscal enmendar su error, pero ya era tarde; el artículo lo habia leído todo Madrid, y todo Madrid se reía del gobierno y de su fiscal de imprenta, quien, lleno de enojo y buenas intenciones, juró ser en lo sucesivo severo hasta la exageracion en el desempeño de su cargo, y leer los periódicos de cabo á rabo, para que no se la volviese á pegar ningun articulista maquiavélico; en fin, el hombre estaba dispuesto á servir al gobierno con la fidelidad y el interes de un perro de Terranova, pero ¡oh debilidad de los fuertes! el gobierno, que necesitaba manifestar lo que le habia herido el artículo en cuestion, quiso hacer una barbaridad, y miró, y viendo al fiscal de imprenta, en este empleó su venganza, dejándole cesante el mismo dia en la forma más seca y descortés; es decir, sin que nadie quedara satisfecho del celo, inteligencia y lealtad con que lo habia desempeñado.

Esta, como habrá comprendido el lector, es política pura.

Todas las personas metidas en política, es decir, metidas en el lio más grande del mundo, atribuyeron el artículo al conde de Tres Puentes, sin hacer caso maldito de la firma con que apareció impreso; pero *El Bien del País* publicó un suelto que decia:

«Algunas personas han atribuido equivocadamente nuestro artículo sobre el nuevo gobierno al conde de Tres Puentes; no es cierto: este importante

personaje no ha manifestado á nadie todavía su opinion sobre el nuevo gobierno, y espera que éste presente su programa para tomar la actitud más conveniente y patriótica. El artículo es de D. Antonio de Luna, un jóven que hace sus primeras armas en política.»

Y todo el mundo quiso conocer al jóven que habia puesto en berlina á un gobierno que tenia sus pretensiones de gobierno fuerte y enérgico.

El hijo del sacristan comprendió que su amo y señor le habia hecho un gran favor, y resolvió aprovecharse del prestigio y la reputacion que le habia proporcionado aquel artículo que no habia escrito.

Y vean Vds. lo que son las cosas: el mismo gobierno que castigó al fiscal de imprenta porque se habia publicado aquel artículo, trató en Consejo de ministros acerca de la conveniencia de atraerse al autor y ofrecerle una posicion oficial, quitando así un poderoso adalid á la oposicion.

¿No es esta política pura?

Antonio de Luna fué recibido en el Casino y en los círculos políticos; los periódicos importantes le ofrecieron sus columnas, y todo el mundo consideró á aquel hombre, que ni se sabia quién era, ni de dónde venia, y se habia dado á conocer cometiendo una infamia, porque, eso sí, todo el mundo pensaba que aquel artículo era una verdadera infamia política, una diatriba inspirada por el odio, y un ataque en el que se empleaban todas las armas ménos nobles.

Pero en política hay que ser temible; de otra manera nadie repara en uno.

Ahora sólo me falta, pensó Antonio lo que me dijo el conde, unos amores y un desafío. Habrá que seguir en todo el dictámen de mi protector, pues con sus consejos no me va mal.

Y ahora que lo pienso, parece imposible que tan pronto se adquiriera importancia política. Es cosa por extremo curiosa. Un hombre de ciencia, un artista, para llegar á tener una reputacion necesitan años y años de estudio, de penalidades, de decepciones y trabajos... y en política se hace uno un lugar sin haber hecho nada, sin haber servido al país en ningun concepto y sin haber estudiado ni una jota. Esto es pasmoso; yo sabia, habia leído en los libros, que algunos séres privilegiados hacian rápidamente fortuna, pero nunca podia sospechar que esta farsa del artículo escrito por el conde y firmado por mí habia de hacer tan prodigioso efecto.

Yo no tenia muy buena opinion del mundo, pero francamente, todavía le hacia favor.

Frecuentaba los círculos políticos un jóven de notable talento, hijo de un distinguido hombre de Estado, y esperanza del foro y la política, y se distinguia por su mucho juicio, su ingenio y la nobleza de sus sentimientos.

El hijo del sacristan odiaba á aquel hombre, en quien reconocia una gran superioridad, y que desde el primer dia le habia mirado con indiferencia, no tomando parte en el coro de alabanzas de tanto zángamo.

no político que se había apresurado á rodear al autor de aquel trascendental artículo, en la prevision de que podia llegar á grandes posiciones.

Manuel Ramos, que así se llamaba aquel jóven bueno y honrado, conocia demasiado las farsas políticas, y no concedia su estimacion á ningun aventurero, sino á los hombres de verdadero saber, de probada probidad.

Ni un momento habia creído que el artículo era obra de D. Antonio de Luna, sino de su verdadero autor, y le repugnaba aquel hombre que con tal desenfado habia tomado su papel en la farsa política.

El hijo del sacristan habia adivinado los sentimientos de Ramos, y queria vengarse.

No anhelan cosa más noble las almas ruines y cobardes.

Una noche entró Antonio en el Casino.

Acercóse á un grupo de personajes, entre los que se hallaba Ramos.

Se hablaba de lo de siempre, de política.

—¿Cuándo da V. al gobierno otra embestida como aquella famosa? preguntó uno á Antonio.

—Aún no es tiempo, contestó éste.

—D. Tomás Meco está pasando la pena negra en la presidencia.

—Sí, lo creo.

—Dicen los que frecuentan su casa, que el hombre está desesperado.

—Aquella cabeza no está segura.

—¿Qué ha de estar? dijo un gracioso; no hay más que ver á su mujer.

—Verdad es; el hombre no puede con la bula, y su mujer es la mejor moza de España é Indias.

—¡Gran mujer! ¿la conoce V., Luna?

—Sí, la he visto alguna vez.

—Corren acerca de ella historias muy curiosas.

—¡Que se digan! ¡que se digan! gritaron los más.

Ramos oía y callaba.

—No, si el caso es que no se sabe nada seguro; lo que se sabe es que la mujer de Meco ha tenido una existencia misteriosa, y hay muchos que la suponen hija natural de algun personaje...

—¿No hay ningun galanteo?... Parece imposible que una mujer casada con Meco pueda ser virtuosa.

—No sé si habrá algun afortunado mortal... pero es de presumir. La que se casa con semejante estafermo...

—Hace tiempo se habló de salidas misteriosas y con disfraz que hacia esa señora.

—Otra cosa más grave he oido yo.

—¿Cuál? A ver. Sepamos.

—Se dice que la excelentísima señora es de la Inclusa.

—¡Já! ¡já! Sólo á Meco se le ocurriria ir á buscar mujer con tan noble origen.

—La historia se va haciendo interesante.

—¡Qué infamia! exclamó Ramos, poniéndose en pié.

—¿Qué le da á ese? preguntó uno.

—¿Qué dice Ramitos?

—Digo que lo que están Vds. haciendo es una infamia.

—¡Hombre!

—La palabra es un poco fuerte.

—Pues no la retiro; yo no tengo nada que ver con el presidente del Consejo de ministros, no estoy conforme con su gobierno; pero me parece una insigne villanía que, en odio á un hombre político, para hacer la oposicion al que manda, se le quite la honra, se haga de ella un giron, se injurie y calumnie á su mujer, que ya por ser mujer, nada más, merece consideracion y respeto de todo hombre de honor. Esto es una cosa corriente en la córte y entre personas que presumen de ilustradas; mis ideas, completamente contrarias á ese repugnante vicio, excitan acaso la risa y el desden de los *esprits forts* de la época; pero no quiero ocultarlas, no quiero dejar de protestar contra las ruindades y las miserias de esta sociedad que se llama culta, y que tan poco hace por merecer ese nombre.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Un Quijote de veinticinco años y guante blanco!

—Ríanse Vds. cuanto quieran; yo tengo mis ideas, Vds. las suyas, y estimo que las mías, por poco que se aprecien, son mejores.

—¡Vaya! ¿quién hace caso de niños?...

—Se conoce que la mujer de Meco le ha inspirado una pasion.

—A mí no me inspiran pasion las mujeres que

tienen dueño. El hombre de sentimientos honrados no busca jamás amores culpables. Y no se hable más de esto. Siga cada cual su camino.

—Tú sigues el del limbo.

Ramos se dispuso á salir; pero cuando se acercaba á la puerta del salon, se le acercó Luna de la manera más cortés del mundo.

—Caballero, le dijo.

—¿Qué tiene V. que mandarme?

—Hace un momento ha dicho V. en este lugar algunas palabras duras, dirigidas á todos los que las oíamos.

—¿Y qué?

—Todos esos señores á quienes V. se ha dirigido son amigos de V. y están habituados á sus genialidades; por eso sin duda no se han considerado ofendidos, ni han dado gran valor á sus palabras. Tal vez yo en su caso hubiera hecho lo mismo; pero no tengo el honor de ser amigo de V., y me creo en el deber de recoger las palabras que V. ha dirigido á todos sin distincion, y suplicar á V. que declare que no se ha referido de ninguna manera á mi humilde persona.

—¿Eso no más?

—Nada más.

—Pues debo decir á V. que yo tengo por accion honrosa, cuando he cometido alguna falta, reconocerla y dar espontáneas explicaciones; pero cuando se me quieren exigir, entónces mi honor no me consiente darlas. Beso á V. la mano.

—Un momento, señor Ramos, ¿á qué hora se le puede á V. hallar en su casa?

—A la hora en que se me quiera ir á buscar.

Pronto se supo en el Casino y en todo Madrid que el jóven D. Antonio de Luna tenia un duelo.

Ya estaba á punto de ser un hombre de los más importantes.

Pronto encontró padrinos el aventurero, pronto halló hombres que se prestasen á darle una patente de caballero, sin cuidarse de sus antecedentes, y sin saber si aquel hombre tenia honor siquiera.

Ramos era enemigo del duelo; pero no podia resignarse á pasar plaza de cobarde, y lo aceptó, decidido á no matar, aunque pudiese, á su adversario. El advenedizo le habia parecido desde el primer momento un miserable; pero era Ramos demasiado buen cristiano para querer la muerte de su semejante.

A los dos dias debia verificarse el duelo.

Ramos no se presentó en público; tenia vergüenza de tener un duelo.

Pero Antonio de Luna se presentó en todas partes y asombró á todos los papanatas de la corte, que le miraban con admiracion y respeto, más que si fuera un hombre de gran ciencia y acrisolada virtud.

Su primer padrino era Pepe Largo, un duelista famoso, perseguidor de mujeres, burlador de maridos, y con un gran talento para sacar dinero á todo el mundo y no pagar á nadie, y que ya habia muerto á dos ó tres hombres honrados. ¡Figúrense Vds. si seria hombre de honor aquel prójimo!

El segundo padrino era un marqués tonto, que se hombreaba con los hombres políticos y los periodistas, y daba convites y soirées, con la esperanza de que algun dia le nombrara un ministro agrado-cido enviado extraordinario ó cosa así, esperanza nunca realizada, porque si bien el marqués era un hombre que daba muy bien de comer y tenia famosa coleccion de vinos y magníficos cigarros, haciéndole justicia todos en este punto, convenian todos tambien en que era un solemne majadero.

Los padrinos de Ramos eran dos amigos de la infancia, médico el uno y autor dramático el otro, ambos jóvenes de buena reputacion y dignos de la amistad de aquel noble corazon.

El desafio era á sable. Antonio de Luna no era tirador, pero tenia mala intencion. Ramos sabia tirar perfectamente, pero tenia alma buena y corazon generoso. La ventaja estaba, pues, en favor de aquel. Llegó la hora del desafio.

Ramos conocia que su adversario era capaz de matarle, y que este seria su deseo, así como Antonio conocia tambien que nada grave debia temer de aquel niño.

Ramos dejó una carta para su padre y su madre, por si la suerte le era contraria. La carta quedó en poder de un fiel criado, que la entregaria, pasado un término que le fijó el valeroso joven.

Era el amanecer, y dos coches rodaban en la misma direccion fuera de la puerta de Alcalá.

Llegados á un sitio solitario, apeáronse los que

los ocupaban y se internaron en direccion á un barranco, que era el sitio elegido para el combate.

Ramos estaba sereno, pero triste.

Antonio de Luna tenia el aire insolente de siempre.

Entregados los sables á los dos adversarios, Antonio de Luna se dirigió á Ramos.

—Caballero, le dijo, si quiere V. reconocer y declarar que de ninguna manera aludió á mí en las palabras que pronunció en el Casino...

—Doy á V. gracias por el deseo de evitarme el disgusto que me ocasiona este lance; pero ya he dicho á V. que no me deajo imponer por nadie.

—Siento de veras esta terquedad; yo quisiera ser amigo de V.

—Yo no concedo mi amistad tan pronto.

—Yo tampoco la solicito de nadie.

Y se pusieron en guardia.

Antonio fué el primero que acometió; Ramos se defendia solamente, pero se defendia muy bien.

—Así nos cansaremos inútilmente, dijo.

—Yo no sé tirar más, contestó Ramos sencillamente.

Antonio dió una acometida violenta, pero Ramos le hizo saltar el sable de la mano.

—¿Está V. satisfecho? le preguntó.

—No, señor.

Y volvió á acometerle, pero con tan aviesa intencion, con tan siniestro deseo, que Ramos, deseoso de acabar y de castigar á aquel malvado, le cruzó la cara con el sable; pero en el mismo instante, sin sa-

ber cómo, el noble jóven cayó en el suelo á tiempo que Antonio lanzaba una carcajada.

Antonio habia herido con la punta del sable en el pecho á su contrario.

—Es una infamia, dijo uno de los padrinos de Ramos.

—Yo me he defendido.

—Se habia dicho que no se usaria de la punta.

—El que se ve acometido hace lo que puede por defenderse.

—Es V. un miserable.

—¡Vive Dios! y cogió Antonio el sable.

—A mí no me asusta V. con eso.

—¡En guardia!

—Así contesto yo á los insolentes, añadió el padrino de Ramos, y con el baston que tenia en la mano dió tan fuerte golpe en el brazo á Antonio, que éste tuvo que soltar el sable.

—Cuando quiera V. buscarme, búsqume en hora buena; pero vea V. cómo le contestaré.

Y descargó sobre él unos cuantos palos.

Los padrinos de Antonio quisieron interponerse, pero ante la actitud resuelta de aquel jóven echaron á correr; los duelistas son así. Matan de un tiro á un hombre, pero huyen de un palo bien manejado.

—Nos veremos, dijo Antonio bufando de coraje.

—Si quiere V. recibir otra paliza, por mi parte no ha de haber inconveniente.

Antonio quiso coger alguno de los sables, pero el padrino de Ramos los defendia con su baston, y con

firme propósito de abrir la cabeza al valiente, que al fin tuvo que retirarse.

El otro médico y el otro padrino de Ramos se habían llevado al herido.

Su herida era grave; una línea más que hubiese penetrado la punta del sable, era hombre muerto.

Trasladáronle al coche con el mayor cuidado, y el coche emprendió lentamente el camino de la casa del herido, que no recobró el conocimiento hasta que se encontró en su lecho rodeado de su familia.

La desesperacion de los padres es imposible describirla.

Aquel hijo, que era la honra y la alegría de la familia, se hallaba en peligro de muerte, y todo porque un miserable aventurero habia querido hacer carrera, presentándose á la sociedad con el prestigio de haber muerto á un hombre en desafío.

Antonio se ocultó, porque la autoridad, por cubrir las apariencias, haria algunas averiguaciones; pero demasiado sabia que el duelo es uno de los crímenes que no se castigan; si se cumpliera la ley, si se castigara el duelo y se enviara á presidio por unos cuantos años á los duelistas de sable y florete, como se envia á los de navaja, no habria tantos duelos, y la sociedad no miraria con cierta ridícula admiracion á los que se baten.

El conde de Tres Puentes fué el que ocultó en su casa á su secretario.

—¿Ha herido V. á Ramos? le preguntó.

—Sí, señor; no sé si lo he muerto.

—¡Hombre! eso ya sería demasiado. Un muerto siempre estorba.

—No tardaré en tener otro duelo, y este con más motivo.

—¡Caramba! ¿con quién?

—Con un médico que ha servido de padrino á Ramos.

—¡Un médico!

—Sí, un jóven muy brusco y muy robusto.

—¡Ah! ya sé quién es: el doctor Ramirez, un jóven que concluyó hace poco la carrera, y que tiene fama de escéntrico y original.

—Ese, ese debe ser; á ese le mataré.

—¿Pues cómo le ha ofendido á V.?

Antonio, que no tenia secretos para su protector, le refirió la escena de los palos.

El conde de Tres Puentes se reia á carcajadas.

—¡Diablo! ¡Qué mozo! exclamó; pues lo que es á ese no le mata V. Ese le pega á V. cuantas veces quiera provocarle. Yo le aconsejaria á V. que se quedase con los palos recibidos á buena cuenta y no reclamara el saldo.

—¡Infame!

—Cuéntanse de él maravillas: hace dos meses salvó de un incendio á dos niños; visita de balde á los pobres, y ha tenido un pleito con la marquesa del Mirlo, que es riquísima, porque esta señora le llamó una noche para un resfriado, y luego le quiso pagar con un duro. Diez mil reales le ha sacado á la buena señora, y acto continuo los ha enviado al hospital

para los pobres enfermos; ántes de establecerse en Madrid, ha estado en un pueblo de médico de partido, y habiéndose desarrollado el cólera, él ha sido médico, enfermero, boticario y sepulturero.

Y oiga V. otro detalle: conocida la abnegacion de ese hombre, el gobierno le envió la cruz de Carlos III, libre de gastos, y las insignias de la misma, y todo lo devolvió al ministerio, con un oficio en que decia que él no acostumbraba á aceptar nunca más que lo que consideraba haber ganado.

No se meta V. con él, porque saldrá V. mal.

—¿Y ese miserable se ha de reir de mí? ¡Oh! ¡yo he de vengarme!

—Váyase V. con tiento. No crea V. que no tiene sus peligros la vida de aventuras. Y no olvide usted esto; conviene tener un desafío para darse á conocer, pero luego ya no conviene tener otro. El duelista acaba siempre mal. El más cobarde le mata; el enemigo más ruin que tenga es el que al fin se encarga de vengar á los que fueron sus víctimas. El duelista suele morir sin gloria y sin honor.

.....

El médico Ramirez es ya conocido del lector. Como que es aquel practicante del Hospital general que tanto hizo por Luis y por la madre de éste.

IV

Sigue subiendo.

A los ocho días D. Antonio de Luna volvió á presentarse en el Casino y en todas partes, siendo perfectamente recibido.

El desafío bastó para destruir completamente algunas prevenciones que existían contra el advenedizo, de quien no se sabía de dónde había salido; pero un hombre que se había batido no podía ménos de ser un caballero; y sobre todo, más valía suponerlo así que dudar de la hidalguía del jóven que tan capaz parecia de convencer á cualquiera á cuchilladas. Faltábanle unos amores de esos que suelen constituir las más sabrosas páginas de la crónica escandalosa. Una mujer había visto en la córte el hijo del sacristan, que hizo en él una profunda impresion; una mujer que, acaso sin saberlo, había sido quien más

había avivado su ambición... Llegar hasta aquella mujer era para él la suprema felicidad; pero cuando pensaba en esto temblaba, temblaba como un niño... porque no sabía si aquella mujer le reconocería, y al verle se acordaría del pobre lugareño que un día se acercó á su casa á dar aviso de un robo, cuyo plan había casualmente sorprendido, y que era precisamente el mismo á quien ella había entregado aquella carta que contenía los cuatro mil reales destinados al pobre pintor y á la madre de éste. Pero Antonio tenía un secreto de aquella mujer, y esto le alentaba. Y acaso no le conocería. Habían pasado años; él era otro completamente; en él nada había ya del paleta aragonés, y bien podría suceder que, áun recordando vagamente su fisonomía, la mujer del presidente del Consejo de ministros no pudiera recordar en qué ocasión le había visto otra vez.

El presidente del Consejo daba soirées, es decir, las daba su mujer, porque él no estaba ya para esas bromas, y Antonio se propuso ir á las soirées de la Presidencia; pero él, á quien se suponía ardiente opositor de aquel ministerio, no podía solicitar ser presentado, ni esperar recibir invitación directa.

Consultó el caso con el conde de Tres Puentes.

—¡Hombre! le dijo éste, no es mala idea... Hacer la oposición á un ministro, y enamorar á la ministra, es ser un político de gran fuerza. Ser ministerial del marido y de la mujer ya se ha visto, pero lo que usted intenta es demasiado... Va V. demasiado léjos.

—¿Le parece á V?... Ella no puede amar á Meco.

—Hombre, yo en esas cosas no entro ni salgo. Si usted hace el amor á la mujer de Meco, y ella se deja querer, sea enhorabuena... Como amigo particular mio que es Meco, sentiré verle en berlina, pero como enemigo político, me alegraré de su desprestigio... La política le hace á uno ver las cosas de una manera singular.

—¿V. no ve inconveniente político en que yo vaya á casa de Meco?...

—¿Qué he de ver? Al contrario. Y él se alegrará mucho, y... todavía le va á llevar á V. á la secretaría.

—¿Y qué haria yo entónces?

—Aceptar, hombre, aceptar. El que quiere medrar debe tomar siempre lo que le dé cualquier gobierno; si tiene buena vista, políticamente hablando, conocerá cuándo el gobierno esté quebrantado, y una dimision á tiempo le rehabilita y le pone en situacion de que utilice sus servicios el gobierno que reemplace á aquel.

—Pocos escrúpulos hay en política.

—¡Ah! los que los tienen no medran, y medrar es lo primero. Para muchos que yo conozco, cada inconsecuencia ha sido un adelanto en su carrera. Si hubieran sido consecuentes, acaso no hubiesen pasado del principio. Ya ve V. que le hablo francamente.

—Señor conde, mi gratitud...

—Calle V., hombre, ¿sabe V. lo que es gratitud?... usted es un hombre que me puede servir, y me servirá, porque ahora, si yo le abandonase, no haria V.

nada, pero por lo demas tengo poca fe en las virtudes de V.

—Me juzga V. con severidad.

—¡Qué tontería! le juzgo á V. como es. Yo soy ex-céptico, ya lo habrá V. conocido, no creo en más virtud que en la de mi mujer, que teniéndome á mí por marido es una santa.

—¡Oh! la señora condesa...

—No, no la elogie V., porque esos elogios no serian sinceros; V. sabe demasiado que no es V. santo de su devocion, y V. la pagará en la misma moneda. Ya ve V. que no creyendo en la virtud de las mujeres, ménos creeré en la de los hombres. En fin, V. quiere enamorar á la mujer de Meco; sea enhora-buena; yo no he ido nunca por ese camino, no me ha ocurrido nunca disputarle la mujer al prójimo, pero conozco que á los que empiezan esta farsa de la política y el gran mundo, les conviene que se fije en ellos la atencion, y como si V. se mata á trabajar en su casa, ó se hace un santo, ó se casa por lo sensible con una muchachita modesta y hacendosa, nadie la fijaria en V. para cosa maldita, de aquí que no desapruebe su propósito, aunque no me parezca muy edificante.

Algunos dias despues habia reunion en los salones de la señora de Meco.

Antonio de Luna cuidó de manifestar en el Casino, entre las personas más allegadas al ministerio, una opinion más benévola que la que hasta entónces habia manifestado respecto del presidente del Consejo

de ministros, y no faltó algun amigo officioso de este personaje que fuera á decirle que el autor de aquel artículo que tanto desprestigió al gobierno desde el primer momento, habia hablado en un sentido tal, que hacia presumir en él un cambio de opinion favorable á la situacion.

Meco se alegró mucho de tan fausto acontecimiento, y lo primero que dijo al officioso amigo, ó mejor será llamarle dependiente, fué lo siguiente:

—¡Hombre! llévele V. á casa el lunes.

Y se habló del caso en Consejo de ministros.

Y vean Vds. cómo un cualquiera viene á ser un personaje importante, y cómo los políticos de más infulas se dejan engañar como chiquillos.

Faltóle tiempo al officioso amigo para ir á invitar á Antonio de Luna, que ya esperaba este resultado.

La noche de la reunion, se dirigió Antonio á la casa de la Presidencia, y al penetrar en ella, tuvo un mal encuentro.

Salia el médico que fué padrino del pobre Ramos, y que arrimó la paliza á D. Antonio de Luna.

Este le miró con insolencia.

—¡Oh! exclamó el médico, ¿qué tal, señor de Luna? ¿Está V. mejor de aquella indisposicion en la espina dorsal?

—¡Vive Dios! exclamó con reconcentrado furor el hijo del sacristan.

—Si acaso, ya sabe V. la medicina que tengo siempre á su disposicion.

—Yo tengo otra á la de V...

Entraba en la casa mucha gente al mismo tiempo, y Antonio tenia que departir amistosamente, en la apariencia, con aquel hombre á quien odiaba de muerte, á quien de buena gana extrangularia en aquel momento.

—Amigo, es preciso no hacer valentias, porque suelen costar caras á la salud, le decia el bueno del médico.

—Tambien V. debe cuidarse.

—¡Oh! yo estoy bueno.

—¡Es V. un infame! añadió Antonio en voz baja.

—Eso lo dice V. porque no me cree capaz de emprender aquí á palos con V., contestó en el mismo tono el médico.

—Uno de los dos sobra en el mundo.

—Lo mismo creo; V. sobra completamente.

—¡Infame!

—¡Pillo!

Y mudando de tono y levantando la voz, añadió el médico, tomando la mano de Antonio:

—Adios, amigo mio; mis enfermos me esperan.

Y le apretaba la mano con fuerza.

—Adios, señor Ramirez, ya sabe V. que se le quiere... matar, añadió Luna en voz baja.

—Lo mismo digo, señor de Luna. Y diviértase usted mucho en el baile del ministro; debe ser cosa buena. Vaya, adios otra vez, señor de Luna; no olvide usted la medicina, que probablemente habrá ocasion de volver á aplicársela. Temperamentos como el de usted necesitan ciertos reactivos...

Y el médico salió de la casa riéndose, y Antonio subió á los salones lleno de ira y enojo, por no haber podido ahogar á aquel médico.

Mucho le contrariaba que tambien conociera el médico al presidente del Consejo, y sobre todo á su mujer.

Isabel habia tenido ya noticia de que iba á ser presentado en su casa Antonio [de Luna, de quien tenia algunas más noticias que su marido. Sabia que Antonio de Luna era hechura del conde de Tres Puentes, y que habia herido en desafío á Ramos, y el motivo de este desafío, á cuyo motivo no era ella ajena.

Ya recuerda el lector que la ocasion del desafío la produjo la noble defensa que de Meco y de su mujer hiciera el jóven Ramos.

Estaba, pues, muy prevenida contra Antonio de Luna, y al mismo tiempo sentia un vago temor, como si de aquel hombre esperase algo malo.

Meco recibió de la manera más afable del mundo al jóven articulista, que en su vida habia escrito artículo ninguno. Y le presentó á su mujer. El ser hombre político no estorba á nadie para ser tonto.

Isabel le miró con indiferencia, le dijo dos ó tres palabras de cortesía, y se puso á hablar con una linda embajadora de no sé qué nacion.

Antonio, que unia á todas sus cualidades una notable presuncion, vió que no habia hecho efecto.

Meco le cogió por su cuenta y le llevó á un apartado gabinete, donde habia otros ministros, prepara-

dos ya á hacer la conquista de aquel jóven que era capaz de inutilizar un ministerio con un artículo.

Hablaron de política. Encareciéronle la necesidad de que en rededor del gobierno se agrupasen los hombres de saber, los jóvenes de porvenir, para crear una situación fuerte, enfrente de la oposición radical, cuyas filas crecían cada vez más. El se manifestó conforme con tan buen propósito, y añadió que precisamente la consideración de que debía combatirse por todos los partidos de orden al enemigo común, le había hecho modificar sus opiniones respecto del gobierno, y con las reservas convenientes á sus inmutables principios políticos, ofrecía su apoyo al gobierno contra los enemigos del orden y de las instituciones. Y los ministros, con la boca abierta, oyendo á aquel pillastre, que no entendía jota de política, pero tenía el verdadero y valedero diploma para entender de todo y atreverse á todo, es decir, la mayor desvergüenza que se puede imaginar.

—Ahora vamos á hacer las elecciones, dijo el de Hacienda, que de fijo no había estudiado nunca más de las cuatro reglas de la aritmética.

—¿Tiene V. algún distrito por donde ser elegido? preguntó otro á Antonio.

—No he pensado...

—¡Hombre! un jóven de las cualidades de V., apasionado, batallador, de ideas y principios fijos, ¿no quiere tomar asiento en la Cámara?

—No había creído que podría merecer tal honra.

—Calle V., por Dios, hombre; esa honra la mere-

ce ya todo el mundo. ¿No ve V. qué diputados vienen á las Córtes?...

—Presentado por el gobierno, tendria que ser ministerial.

—¡Ah! por supuesto.

—Y en mi carácter independiente...

—(¡Qué pillo! pensó el ministro de la Gobernacion.)

—Pues... ¿quiere V. salir por un distrito de Aragon, por Calatayud, por ejemplo?...

—Preferiria otro.

—V. ¿de dónde es?...

—Aragonés, precisamente.

—Pues allí tendrá V. personas de arraigo y de posicion.

—Sí, pero...

—Nada, eso no importa; se le busca otro distrito.

—Nada más fácil.

—Hay otra circunstancia contraria, señores ministros.

—¿Cuál?

—Que... no es una deshonra, ciertamente... pero yo soy pobre.

—¡Hombre!

—No pago la contribucion que exige la ley, no soy elector ni elegible.

—¡Oh! esa condicion de la ley ha de observarse en cuanto á los electores, pero en cuanto á los elegibles...

—Todo eso se arreglaria...



Y así hablaron aquellos hombres que tenían á su cargo nada ménos que la gobernacion de un pueblo, y de un pueblo noble y generoso, el primero del mundo, cuando Dios queria, y los hombres no estaban dominados por las miserables pasiones de partido.

El hijo del sacristan quiso dos ó tres veces acercarse á hablar con la dueña de la casa, pero esta siempre estaba conversando con otras grandes señoras, y le fué imposible.

Isabel no reparó en él ni un momento en toda la noche, y sin embargo, no le perdió de vista. Hay mujeres que tienen la difícil facilidad de ver sin mirar.

Alguna de las señoras hizo alguna alusion al jóven Luna, pero Isabel la oyó con indiferencia y nada contestó. Se habló del duelo que habia tenido. Isabel manifestó profundo desden hácia los espadachines, y vivo interes por la salud del herido.

El Sr. D. Antonio de Luna salió de casa del presidente del Consejo pensando en una cosa que acaso se les habrá ocurrido ya á mis lectores.

No podia ser diputado, porque su nombre no era Antonio de Luna, porque no podia presentar la fé de bautismo verdadera, en la que constaba que era hijo del famoso sacristan, de quien todo el mundo sabia el trágico y poco honroso fin.

Pero por infamia más ó ménos no quedaria sin ser diputado.

—Y una vez diputado, pensaba, poco he de poder si no suplanto á D. Tomás Meco, al conde de Tres Puen-

tes y á todos los personajes políticos, á quienes el vulgo mira con la boca abierta lleno de admiracion, porque no los conoce. Yo los voy conociendo ya, y veo que el oficio más fácil y socorrido en España es el de político; no se necesita saber nada.

¡La osadía es una gran cosa!

Es todo lo que yo sé, y me sirve más que ocho años de carrera universitaria y quince ó veinte de estudios y de hacer méritos. Es claro, al que se atreve á todo, ¿qué se le ha de negar?

.....

El dia siguiente publicaron los periódicos el siguiente suelto de fondo:

«Se comenta en los altos círculos la larga conferencia que celebraron anoche los ministros con el joven y ya distinguido hombre público D. Antonio de Luna, en los salones de la casa del presidente del Consejo, donde hubo recepcion, como todas las semanas. No se ha podido traslucir el objeto de esta conferencia con una persona que pasaba por poco afecta á la situacion, pero los hombres políticos de experiencia suponen que puede indicar una modificacion en la marcha del gobierno.

»Los ministros guardan la mayor reserva.»

Y vean Vds. cómo se hacen las reputaciones políticas, y cómo la osadía y la desfachatez andan más camino que la modestia, y la virtud y la ciencia.

Desde aquel dia llovieron las pretensiones y los pretendientes en casa de Luna.

Allí, en aquella escalera, pasaron horas muertas

esperándole los pretendientes vulgares, los que toda la vida están pretendiendo un empleo, que rara vez alcanzan; los que llevan memoriales de ocho pliegos con los méritos de sus abuelos maternos y paternos, de sus padres, de sus hermanos, de sus tios, de sus primos, unidos á los propios.

Allí acudian casadas, resueltas á pretender para sus maridos, de quienes decian ellas que no servian para nada, porque no tenian genio de pretender; solteronas avezadas á la vida de aventuras é intrigas, y viudas menesterosas en solicitud de un poco de influencia para el fácil logro de sus pretensiones.

Visitáronle periodistas, viéronle tambien capitalistas, contratistas, agiotistas, bolsistas y todo linaje de trapisondistas, y llegó á sus oidos envuelta en los más suaves y embriagadores perfumes de la adulacion la palabra *negocio*.

Y solia pensar el hombre:

—Pues, sí, señor; se pueden hacer en política muy buenos negocios.

Y tanto, decimos nosotros, y tantos.

Quien no suele hacer buenos negocios es el país.

A los pocos meses Antonio tenia una berlina con su yegua inglesa, muy buena moza, y no habia querido aceptar un empleo de 30.000 rs.

Cualquiera se extrañaria de que un hombre que no tenia oficio ni beneficio, ni rentas, ni propiedades, ni era capitan de ladrones en cuadrilla, ni sostenia amores con una vieja rica, pudiese estar en situacion de desdeñar 30.000 rs. El tenia más altas miras. Un

hombre de su importancia política no podía admitir esa miseria. Su *honra política* valía mucho más. Se hubiera desprestigiado por completo. El gobierno le hubiese perdido el miedo, y el gobierno siguiente le hubiera dejado cesante. No era negocio.

Una suerte así se queda para un empleado de toda la vida, muy versado en expedientes y muy trabajador y celoso, que se contente con que al cabo del año le queden 6.000 rs. libres para ponerlos en una sociedad de crédito, de cuyo consejo de vigilancia forma parte su jefe, y cuyos 6.000 rs., en pasando un par de años, se los devuelven convertidos en 1.500, á no ser que no los vuelva á ver ni áun reducidos á esa mínima expresion.

Antonio de Luna se creía destinado á más altas empresas, y á la verdad, no iba descaminado.

Pero ¿cómo vivía?

Con el dinero de los demas; es muy sencillo medio y muy usado.

El conde de Tres Puentes le habia aconsejado que si le ofrecian destino lo aceptase, pero él no queria ménos que un gobierno civil de primera clase.

Era á lo que podía acceder por deferencia al gobierno.

Pero el ministro de la Gobernacion, que no era tan majadero como sus dignos compañeros, habia dicho:

—Lo que es á mí no me ha de llamar tonto ese tuno, que por tal le tengo, y me quedo corto.

Dejemos ahora al hijo del sacristan haciendo car-

rera, y vamos á ver una simpática figura que ya conoce el lector, habiéndola visto en la miserable buhardilla donde vivian muriendo el pobre artista y su desventurada madre.

Hemos tambien de dar tiempo á Antonio de Luna para que pueda buscar los medios de ser legalmente diputado.

Para esto cuenta con lo que cuenta para todo, con su osadía. No podia traer su fé de bautismo verdadera; pero una falsa podia hacer el mismo servicio que la verdadera, dada la buena disposicion del gobierno en favor del candidato.

V

Sor Dorotea.

Sor Dorotea está al lado del lecho del jóven Ramos, herido malamente en desafío por Antonio de Luna.

Ramos avanza muy lentamente en su curacion y no está fuera de peligro. D. Serafin, el mismo médico que asiste al pintor, le asiste, y ha dicho que la más

leve causa puede comprometer su vida, un movimiento, una emoci3n, un recuerdo desagradable... y como no tiene confianza para el cuidado de sus enfermos más que en Sor Dorotea, la ha llevado á cuidar de su herido.

Tambien asiste á éste el jóven Ramirez, el que dió aquellos oportunos palos al gran personaje D. Antonio de Luna, pero respetando á D. Serafin, su sabio maestro, le deja por completo la direcci3n facultativa, limitándose él al papel de ayudante, y áun al de practicante, y se considera muy honrado.

Sor Dorotea acaba de levantarse de la silla inmediata á la cabecera del enfermo, que duerme tranquilamente, y ha ido á sentarse cerca de la puerta de la alcoba, donde hay alguna más luz.

Tiene en la mano un cuaderno, que no abandona nunca; es un diario donde escribe todo lo que le sucede, todo lo que ve, todas las impresiones que recibe en el desempeño de su caritativa tarea de cuidar á los enfermos.

Todos los dias escribe algunas líneas en el libro, y todos los dias tambien lee algunas páginas.

Abrelo y lee, pero como no lee alto, será preciso, querido lector, que nos coloquemos detras de aquella linda cabeza encerrada en las blancas tocas, y cometas una falta de educaci3n, leyendo lo que ella lea y sorprendiendo sus secretcs.

Tú, lector amigo, no tienes responsabilidad alguna en esta verdadera falta; el lector de un libro tiene que ir á donde y por donde le lleve el autor, y si este

no tiene mucha inventiva que digamos, se ve obligado á ser condescendiente y benevolente, dejándole pasar cosas que á no ser en novela, no podrian pasar de ninguna manera entre gentes de buena crianza.

Precisamente ha abierto el libro por una página que nos interesa, si es que al lector le interesa todavía esta enmarañada novela. La página que lee Sor Dorotea es la que se refiere á la enfermedad del pintor, á quien parece que tengo olvidado.

«¡Dios mio! dice el Diario de la hermana de la Caridad, ¡cuántas gracias debo darte porque me has dado pensamientos de modestia y de mansedumbre! ¡Qué horrible dolor es la soberbia! Yo soy muy desgraciada, mucho; y sin embargo, ¡oh, Dios mio! en esta continua tarea á que estoy consagrada de cuidar y consolar á los enfermos, tengo mil ocasiones de estimar mi suerte y de comparar mi infortunio con los que soy llamada á presenciar. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡cuán grande es tu poder y qué ciego es quien te desconoce y niega! Para creer en Dios basta acompañar en los últimos momentos á nuestros hermanos. Basta asistir á la despedida del alma de un cuerpo postrado por la enfermedad. Basta presenciar la última hora de la vida de un ser que se siente abrazado por la muerte, y que presente la presencia de Dios. Basta ver al hombre en la hora en que se despoja de toda humana pasion y se abraza al crucifijo que la religion pone en sus manos. ¡Bendito sea Dios!»

.....

Sor Dorotea escribía siempre, ántes de consignar sus impresiones de cada día, algunos pensamientos cristianos, inspirados por las tristes escenas á que asistía. Sigamos ahora leyendo:

«¡Qué triste día el de hoy! No se mata sólo con puñal ó veneno. La ingratitud es el arma más terrible para los corazones sensibles. D. Serafin me ha hecho conocer una familia, compuesta sólo de dos personas, sobre las que parece que Dios ha querido reunir todas las penas de este mundo. Pobreza, enfermedades físicas, heridas morales hechas con el arma odiosa de la ingratitud, todo se reúne en la pobre familia, que no habrá otra más digna de ser feliz. Dios la ha sometido á todas las pruebas. La madre es ciega, y el hijo está casi tísico. Esa terrible enfermedad que nunca perdona, devora lentamente al pobre jóven, y su pobre madre no le ve. ¡Ah! si le pudiera ver, todavía sería más desgraciada. Vería que su hijo no tiene remedio. Es ciega, y la infeliz no puede darse cuenta del horrible estrago que la enfermedad ha causado en su pobre hijo. En todo se ve la misericordia de Dios. El hijo está más tranquilo porque sabe que su madre espera. Si pudiera verle no esperaría más que perderle. ¡Qué horrible miseria en la casa! D. Serafin ha sido, como en todas partes, la Providencia, ó, mejor dicho, el enviado de la Providencia para socorro y consuelo de los que sufren. ¡Con qué poco se consuela á los desgraciados! ¡con qué poco se gana el agradecimiento de los buenos corazones! La pobre madre me ha mostrado su gratitud besándome las

manos, arrodillándose, bendiciéndome. ¡Pobre señora! Está herida por la ingratitud de una hija, y es claro, la pobre se consolaba llamándome á mi *hijamía*. ¡Ojalá fuera ella mi madre! ¡qué felicidad para mí que fuese la casa de mi madre aquella miserable buhardilla! ¡Tendría yo madre! ¡Ahora no la tengo! ó lo que es más horrible todavía, la tengo y no sé quién es. Sólo sé que es una gran señora. Acaso me cree muerta. Acaso, lo que es peor todavía, no se acuerda de mí. ¿Es posible que una madre se olvide de sus hijos? ¿Es posible que pueda vivir en calma la que, habiendo dado la vida á un hijo, se ha visto privada de él, y no sabe si es vivo ó muerto, y acaso no se atreve á decir: ¡Yo tengo un hijo!... ¡Qué extraños misterios encierra el mundo! ¡Qué horribles historias quedan ocultas largo tiempo ó siempre en las sombras del misterio. Pero para Dios no hay misterios. Dios todo lo ve, todo lo sabe, todo lo juzga. Y este es el supremo consuelo de los desgraciados. El sér más infeliz y más abandonado de sus hermanos, si tiene fe no está solo; sabe que á su lado está Dios. El pobre pintor está enamorado, y enamorado de una mujer que no le ha querido, que ha faltado á sus juramentos y se ha casado con otro. Esa mujer ha sido la ruina del infeliz enfermo y de la madre de éste. Y he sabido que es una desdichada como yo. Una niña abandonada al nacer, y recogida, y tratada y querida como hija propia por la familia del mismo de cuya muerte es culpable. ¡Qué horror! Ahora ha querido enmendar su falta, pero ya tarde. Esta mañana envió

dinero al enfermo. ¡Corazones miserables los que todo lo quieren redimir con dinero! Si sólo con el dinero se pudiera remediar el mal, sería un odioso privilegio en favor de los ricos. Ellos solos podrian hacer bien. No es posible describir la indignacion del enfermo al saber que una mano oculta le enviaba una limosna. Esta injuria abreviará su vida. Solamente las ideas de religion, de perdon que yo he murmurado á su oido le han podido calmar. El remordimiento ha entrado al fin en el corazon de la culpable. Pero lo que ha hecho ha sido poco meditado. La pobre mujer, que bien se la puede llamar pobre, aunque es una gran señora, ha sentido un instante la enormidad de su culpa, y ha querido echar fuera de sí ese remordimiento, yendo á pedir perdon á sus víctimas. Hay quien cree satisfacer á su conciencia con unas cuantas palabras que luego se olvidan. La prometida del jóven pintor, la ingrata, la gran señora, se ha dignado subir á la buhardilla donde mueren sus dos víctimas, la madre, sin la luz de los ojos de su hijo, porque ella tiene cerrados para siempre los suyos, y el hijo, sin la luz consoladora de la esperanza. ¡Qué horrible escena! Aprovechando la ocasion de estar abierta la puerta, ha entrado y ha ido al lecho del enfermo. Este ha dado un grito que aún suena terrible en mis oidos.

—»Luis, ha dicho ella, no me condenes.

»Y la madre, la ciega, al oir esta voz de la que asesinó á su hijo, ha saltado de su asiento como mordida por un reptil venenoso, y ha pronunciado con voz terrible:

—» ¡Maldita seas!...

»A estas palabras ha seguido una escena tristísima. La madre ciega ha logrado asir del vestido á la hija ingrata. Quería sacar los ojos á la gran señora ó ahogarla.

—» ¡Tú, infame, gritaba, tú has sido la causa, tú has herido en medio del corazón á una madre infeliz y á un hombre honrado! ¡Maldita mil veces seas!

»Y el hijo enfermo hacia desesperados esfuerzos para contener á su madre, que en el mayor furor quería destrozar entre sus manos el rostro de la gran señora. Yo pude al fin apartar á la anciana, y la gran señora salió de la buhardilla, desgarrado el traje, herido el rostro, rebosando ira y llena de vergüenza. El enfermo ha caído en un estado de postración, precursora sin duda de la muerte. Sería un milagro que pudiera salvarse. Dios sólo podría hacerlo. Para cuando la madre ciega pierda á su hijo, tengo tomada ya mi resolución. Será mi madre; yo la cuidaré, yo la alimentaré, yo haré con ella lo que hubiera hecho con mi madre, si mi madre me hubiera querido por hija. Será un consuelo grande para mí tener madre.»

Aquí concluían las impresiones de un día en el Diario de Sor Dorotea. La noble y bondadosa jóven volvió la hoja y siguió leyendo. Nosotros, que seguimos la lectura sin que ella nos vea, continuaremos siendo indiscretos. Decía así la nueva página del Diario de la hermana de la Caridad:

«Hoy he tenido una carta. Es de la misma per-